

EL MUNDO.

TOMO II

MEXICO, NOVIEMBRE 27 DE 1898

NUMERO 22



EN SECRETO.

LA SEMANA

Ya anda por ahí, enloqueciendo á los crédulos y excitando la curiosidad de los más escépticos y fríos, un nuevo taumaturgo, autor de maravillas sin cuento.

Un mes apenas hace que ese nombre vivía obscuro y pacíficamente, de un oficio vulgar, sin soñar acaso que muy pronto iba á ser su nombre el de un sér extraordinario.

Pero un día el hambre ó la ambición ayudada por un bien calculado charlatanismo, lo empujaron á seguir la carrera dudosa y más que difícil lucrativa de la adivinación aplicada á la medicina por medios sobrenaturales ó más bien, ocultos.

Al principio, como sucede siempre en estos casos, la clientela del adivino se reclutó entre la población densamente ignorante y pasiva de los barrios suburbanos; pero la fama empezó á correr, llevando narraciones estupendas de paráliticos sanados en un día, de moribundos vueltos á la vida con la simple ingestión de un glóbulo azucarado, y de comadre á comadre, de lavandera á ama de llaves de casa rica, de costureritas á modistas, fué pasando, amplificándose y ganando credulidad la portentosa historia de los milagros realizados por el taumaturgo, hasta la dama elegante y el opulento capitalista.

Y hoy el miserable tugurio del médico milagroso es una Meca á donde van en numerosa peregrinación todos los que por debilidad de espíritu creen más en la fuerza del conjuro y de la magia, de la imposición de manos y de sobrenatural adivinación, que en los recursos técnicos, pacietes y sencillos de la medicina.

No ha pasado aún la época de los milagros y aunque no oigamos hablar de brujas que naveguen en cribas como las famosas encantadoras de Escocia á quienes se acusó de haber ido por tan extraña y diabólica manera á un banquete presidido por el diablo, todavía hay suficiente sumisión en los espíritus para aceptar con más facilidad consejos absurdos que los hechos naturales y comprobados.

Hay en la naturaleza humana un sedimento de infantilismo que guarda, como la capa terraquea restos de formas extinguidas, las propensiones imaginativas que crearon mitos y leyendas, fantásticas cosmogonías, historias de magos y de hadas y esas mil fábulas de los hechiceros del Norte.

La ilusión dominaba á nuestros antepasados y aún los sabios inclinaron su razón ante el imperio del ocultismo; hoy los ignorantes cometen los errores de los sabios de ayer.

La ciencia tiene sus dominios donde antes se abrigan el misterio y la superstición. Para las inteligencias cultivadas, «La Nature» despierta á la curiosidad con el mismo dominio que antes ejercía la narración pintoresca de los milagros de Apolonio de Tiana.

Las experiencias de Roentgen, el telégrafo sin hilos, el cromoscopio, son maravillas más asombrosas que los caballos de bronce de Alberto Magno y las cimitarras endemoniadas que en la noche devoraban la carne de los muertos.

Si los jueces de la Sansa Inquisición hubieran visto revelar una negativa fotográfica, habrían quemado al artista.

Los ignorantes creen en la ciencia porque no se la explican, y de buena fe creerían que sus procedimientos son milagros si los sabios fuesen charlatanes como los antiguos poseedores de sobrenaturales misterios de la fe.

En Londres, en París, en México, en todas partes celebraron ayer su «thanksgiving day» los ciudadanos de los Estados Unidos.

Hondamente arraigada en la conciencia de esos creyentes la idea de Dios, tienen un día en el año oficialmente señalado por decreto presidencial, para rendir al Ser Supremo tributos de gratitud por los beneficios recibidos.

Nosotros tenemos, es verdad, nuestro día de acción de gracias, y no es menor la piedad de los fieles que llenan las iglesias el 31 de Diciembre hasta las horas avanzadas de la noche; pero hay una diferencia menos aparente que real y profunda entre esas manifestaciones religiosas de ambos pueblos.

En México es un acto esencialmente católico, ante el cual guardan fría actitud los indiferentes. En los Estados Unidos, la multiplicación de sec-

tas ha afianzado el sentimiento religioso en la mayoría, y hace no sólo posible sino natural la tolerancia; católicos y protestantes de todas las comuniones evangélicas, judíos, todos los que creen en Dios, se unen para tributarle el culto que la conciencia inspira á cada uno. El primer funcionario de la nación *in capite*, solemniza la festividad en la que muy pocos son los que se eximen de tomar parte.

Hay acaso más libertad aquí donde toda manifestación piadosa o humana de espontáneo movimiento individual; libertad necesaria y justa en los países antaño dominados por el despotismo teocrático y unitario que ha creado la incredulidad absoluta, como reacción contra las exigencias de un poder suspicaz é intolerante.

La abogada mexicana ha hecho su aparición ruidosa en la barra de los salones de jurados.

Allí donde todo es afectismo oratorio, ditirambos y pasión; allí donde vive aún entre girones de los discursos de la convención, el ideal soñado por Juan Jacobo y se repite noche á noche este monólogo de Juan Valjean á aquella frase de Fantina, la señorita abogada encuentra un escenario adecuado y público bien dispuesto á recibir la simiente del feminismo.

Sin las reiteradas conminaciones del Juez, la concurrencia que presencié el primer debate público en que toma parte la señorita Sandoval, habría aplaudido ruidosamente desde que empezó su peroración la defensora.

La novedad del acontecimiento atrajo al público, y el triunfo de la Srta. Sandoval (los defensores llaman triunfo al veredicto satisfactorio para el acusado, como si hubiera un verdadero combate entre la sociedad y los delincuentes), el triunfo la hará famosa y pronto será numerosa su clientela.

Acaso dentro de poco, el hábito de ver á la abogada en la tribuna, destruya el prestigio á cuya virtud aplauden hoy en ella á la mujer y no á la profesionista. Entonces vendrán las verdaderas luchas, las de prueba para las fuerzas de la mujer, que tendrá que igualarlas en capacidad de impulso y resistencia á las de sus colegas.

¿Hay en el movimiento feminista algo anti-natural ó es que nuestro juicio violentado por la costumbre se engaña al asignar á la mujer funciones sociales propias, distintas de las que ha desempeñado siempre el sexo fuerte?

En buena hora que se redima la mujer de su esclavitud y que vea horizontes más allá de los oficios serviles y mal retribuidos; pero entre una abogada de tribuna y una médico, las preocupaciones sociales dirigen la simpatía general hacia la que cumple mejor la misión humanitaria que ha sido siempre el noble distintivo de la mujer en este mundo.

Dick.

Política General.

RESUMEN.—EN EL EXTREMO ORIENTE.—REVIVEN LAS AMBICIONES BRITÁNICAS.—NUEVA ACTITUD DEL GOBIERNO INGLÉS ANTE LA CORTE DE PEKÍN.—INTERVENCIÓN EUROPEA EN CHINA.—DECLARACIÓN DE MINORIDAD.—INGLATERRA Y RUSIA FRENTE Á FRENTE.—PREDOMINIO EN DISPUTA.—MOTINES EN COREA.—CONFLICTOS POSIBLES.—NUBES AMENAZADORAS.—LA ALIANZA ANGLO-JAPONESA.—CONSUMMATUM EST.—LAS CONFERENCIAS DE PARÍS.—LAS DEMANDAS DE LOS ESTADOS UNIDOS Y LAS CONDESCENDENCIAS DE ESPAÑA.—RUMORES DE ABDICACIÓN.—CAMBIO DE DINASTÍA.—LAS PUERTAS ABIERTAS AL CARLISMO.—MOTIVOS PARA RECHAZAR ESTA NOTICIA.—CONCLUSIÓN.

Aparte de las complicaciones que pudieran sobrevenir, por la solución que dé la comisión mixta internacional de París al asunto de Filipinas, nuevas y más pesadas nubes se amontonan en el lejano Oriente, donde parece que están ahora fijadas las miradas de todas las naciones. Acaba de comunicarnos el telégrafo la nueva actitud asumida por el ministro inglés en la corte de Pekín. Como si el gobierno de Salisbury cobrara nuevos bríos después de sus recientes triunfos sobre la diplomacia francesa, y quisiera dar al mundo una explicación completa, siquier sea amenazadora, de sus recientes formidables armamentos, Mr. McDonald acaba de presentar una serie de proposicio-

nes, que se sujetarán á la deliberación de los ministros extranjeros, por las cuales se quiere llegar á una directa é inmediata intervención en los asuntos interiores del Celeste Imperio. Preténdese en ellas cercenar de una manera franca y abierta, la libertad de un estado soberano, desconocer la autoridad de la Emperatriz viuda, devolver al misero Emperador, desposeído del trono, su influencia en el gobierno y su fuerza en el poder, garantizar ampliamente las vidas y propiedades de los extranjeros é inmiscuirse hasta en los castigos que suelen imponer los tribunales chinos á los que desconocen la autoridad soberana del Hijo del Cielo.

Podrán acaso los representantes de las potencias europeas discutir más ó menos la ingerencia propuesta por el ministro británico; habrá alguien que quiera defender la soberanía de China para darse el gobierno que guste y dictar leyes para su régimen interior de que él solo es responsable; quizá las tendencias manifestadas no pasen de un proyecto, porque Rusia, constituida desde hace tiempo en firme apoyo y decidido protector de la política china, se opongá abiertamente á esa intervención franca, que rompe las tradiciones de los pueblos y reduce al gran imperio mogol á la triste condición de un pueblo sin soberanía y sin derechos autonómicos, pero es lo cierto que esta nueva actitud viene á cambiar en mucho la fase en que parecía haber entrado el embrollo oriental.

* *

No existe ni puede existir, en semejantes condiciones, la inteligencia cordial, el *modus vivendi* que nos habían anunciado como existente ya entre Rusia y la Gran Bretaña, las dos potencias que se disputan á porfía el predominio sobre aquella región. Desairada un punto en sus pretensiones Inglaterra, aparentó retirarse como en derrota, simuló someterse á lo inevitable, é indicó que abandonaba el campo á su odiada rival; pero sobreviene inesperadamente el episodio de Fashoda, se envanece con los triunfos de Kitchener, llega á pronunciarse—y así lo anuncia en algunos diarios—la palabra decisiva de *protectorado* sobre Egipto, para dar forma legal á la dominación ejercida sobre el Jedive y sobresus tierras todas conquistadas y por conquistar; mirase la correcta retirada de Francia, para evitar un rompimiento, como uno de sus grandes triunfos modernos; y orgullosa con esta serie de acontecimientos que colman su ambición y halagan su vanidad, vuelve sobre sus pasos en el ex remo Oriente, pretende ejercer de nuevo el predominio que por largos años ha ejercido en aquellas apartadas regiones, abiertas después á todos los apetitos, é intenta en su primer paso clavar la garra en el corazón mismo del Imperio chino.

Si es verdad que la política de Pekín ha estado apoyada, según las indicaciones interesadas de San Petersburgo, pronto se verá. Si es cierto ese espléndido aislamiento de Inglaterra de que tanto se ha hablado, los propios con orgullo y los extraños con censura, no ha de tardar en saberse, que la intimación del ministro inglés, sujeta á discusión, es desechada por la mayoría de los que representan los intereses de Europa en la corte de Pekín.

Y si después de este desastre, Lord Salisbury insistiera en sus amenazas, no sería difícil que en un conflicto violento encontráramos la explicación de esa actividad febril que ha agitado los arsenales británicos, de esos movimientos extraordinarios á que se han entregado los navíos ingleses en todos los mares, donde creen dominar como dueños y señores. Veríase también á qué fines obedecía la concentración de fuerzas rusas en la Manchuria, la congregación de buques moscovitas en Puerto Arturo y la actividad desplegada también en los centros militares de Petersburgo.

Quizá sea posible todavía que el cielo se serenase, que las nubes negras se disipen y que las tendencias nuevas del gobierno inglés, en cuanto se refieren al Celeste Imperio, solo signifiquen una ostentación de fuerza ante el débil y una demostración ante los fuertes, de que no se abandona ni puede abandonarse la política internacional que siempre ha guiado á la vieja Inglaterra.

* *

Como añadiendo su sombra á esos posibles conflictos, un motín sangriento acaba de estallar en las calles de Seoul, capital del reino de Corea. Sujeto desde hace tiempo á cambios continuos y

á oscilaciones incesantes, ese pequeño reino se halla como abandonado á las ambiciones de los vecinos. Unas veces prevalece la influencia del Mikado, otras triunfan los agentes moscovitas, y esclavo de ambiciones extrañas, ese pueblo infeliz que logró libertarse de la tutela china, no logra mantener su soberanía ni encauzarse por los rumbos de la paz y la concordia.

Si hemos de atender al amparo que busca el rey de Corea, con motivo del conflicto actual, pidiendo auxilio á los japoneses, habrá de pensarse que en esta vez los promotores de la revuelta tienen alguna relación con los que ya son dueños de la Manchuria é imponen su voluntad soberana sobre todo el golfo de Petchili; que los rusos, cuando vieron que no podían retener en su poder al soberano, buscan en las revueltas ondas de un motín la milagrosa pesca que ponga en sus manos todo el reino. Y volverán las rencillas, y reaparecerán los rencores, y brotarán las viejas ambiciones y las no extinguidas rivalidades que han dividido hace años á rusos y japoneses por dominar sobre Seoul; y si el Mikado no está solo en la aventura, si es un hecho la alianza anglo-japonesa de que otras veces se ha hablado, la revolución, al parecer insignificante, que ha ensangrentado las calles de la capital coreana, puede ser, como las proposiciones de McDonald, causa y origen de nuevos conflictos, motivo y ocasión de serias complicaciones, que repercutirán desde aquellas costas apartadas hasta el seno de los gabinetes europeos.

**

Dolorosamente reducida á la triste condición del vencido, sigue España la vía de amargura que le imponen sus vencedores en las conferencias de París. Desecharon primero los comisionados americanos la aceptación de toda responsabilidad en la deuda cubana; apresuraron todo lo posible la evacuación de Puerto Rico, para tomar posesión inmediata de la rica y floreciente Antilla, deseosos de recoger en breve plazo el fruto de sus victorias; apartándose del sentido literal del artículo tercero inscrito en el protocolo de la paz, pidieron después la cesión de todo el Archipiélago filipino, el abandono completo de la soberanía española en aquellos territorios, y por fin amenazaron con romper las negociaciones y comenzar de nuevo las hostilidades, si en plazo perentorio no accedían los comisionados españoles á todas las demandas.

A ese punto han llegado las negociaciones. A fines de la presente semana espira el plazo señalado, y todo hace creer que, cediendo á esas exigencias, la comisión que preside el señor Montero Ríos y que representa los intereses de la monarquía española en las conferencias de París, tendrá que doblegarse á todo lo pedido y conceder todo lo solicitado, para no ver á España envuelta de nuevo en los horrores de la guerra extranjera, para la cual estaría menos preparada y dispuesta que lo estaba en la pasada primavera, cuando las resoluciones adoptadas por el Congreso de los Estados Unidos la impulsaron á una lucha desigual.

**

Acaso pensando en la magnitud del sacrificio y teniendo en cuenta el inmenso dolor que ha de contristar á la augusta señora que rige los destinos de España en nombre de su amado hijo Alfonso XIII, se ha lanzado á los cuatro vientos de la publicidad la noticia de que, firmado el tratado de paz definitivo, la reina regente Doña María Cristina renunciaría su poder y abdicaría el trono en nombre del rey á quien representa, dejando para siempre el país y yendo á ocultar á la tierra de sus parientes su tristeza y su amargura. Pero si se explica, aun cuando no se admite la posibilidad de esa abdicación, no cabe creer la noticia que como consecuencia se daba á un acto de importancia tan trascendental: decíase que la renuncia se haría en favor de Don Carlos de Borbón y hasta llegaba á añadirse, que dominados los trastornos que necesariamente habría de ocasionar el cambio de dinastía, Don Carlos de Borbón habría de abdicar en favor de su hijo Don Jaime.

Damas Mexicanas.



Srta. Matilde de Olavarría y Landázuri.

Fotografía de Valletto.

Por más que la noticia haya tomado su origen en Londres centro financiero del mundo, en donde generalmente están bien informados sobre la política universal, y en donde se sigue con cuidado la marcha de todos los pueblos, por los intereses británicos que más ó menos se ligan en asuntos financieros con las diversas naciones; aunque posteriormente aparezca confirmada la nota por cablegrama de Madrid, nos resistimos á creerla, tanto en lo que se refiere á la abdicación de la Reina Regente, como en la consecuencia que se señalaba, abriendo las puertas de la monarquía española á la reacción carlista, que no tiene ni puede tener simpatías ni adeptos entre las clases ilustradas y entre los grupos directores de la nación.

**

No podemos creer que la augusta matrona que ha resistido firme y serena todas las tormentas que se han desatado durante la minoridad de su hijo, que ha desafiado todos los peligros, que casi desde el nacimiento han amenazado á Alfonso XIII; no podemos pensar que el espíritu varonil de la noble señora que ha vencido tantos obstáculos y ha visto serenarse tantas tormentas, decaiga ahora. Dura ha sido la prueba, larga y prolongada la crisis, dolorosa por demás la situación actual. No es ahora el motín de Villacampasofocado en su cuna; no se trata de agitaciones republicanas, faltas de cohesión y exhaustas de tendencias eficaces; no tiene en frente el movimiento carlista odiado por las clases ilustradas y que sólo encuentra eco en regiones limitadas de España: se halla delante de la gran liquidación de la derrota; tiene que presenciar el doloroso trance de ver destruido el imperio colonial que heredara; tiene que ver cómo caen uno á uno los florones más ricos que formaron en otros tiempos la corona de España. Pero precisamente para estas situaciones graves, dolorosas, es para lo que se buscan los espíritus fuertes y los corazones de gran temple.

Doña María Cristina sabrá resistir como antes y cuidar hasta lo último la herencia de su hijo. Mas si desgraciadamente llegara á vacilar, si en su alma agobiada de angustia crevera ver imposible la coronación de Alfonso XIII, imposible

también sería que pusiera la monarquía en manos del carlismo odiado, aborrecido, repudiado por todo lo que piensa, por todo lo que siente, por todo lo que vale en la asendereada España.

X. X. X.

Noviembre 24 de 1898.

Acuarelas de viaje.

LA CAPILLA SIXTINA.

Como dos gigantes brazos que se abren en actitud atrayente, las columnatas de la plaza de San Pedro imprimen, en el que por primera vez las mira, una sensación involuntaria. Yo creo que Bernini, al trazar los planos de la monumental construcción, presintió con la maravillosa clarividencia del artista el grandioso efecto que había de producir ese á modo de enorme abrazamiento petrificado que, encerrando en su fondo central la gran parroquia del catolicismo, parece clamar incesantemente: "¡Venid!"

El cuádruple enfilamiento circular de aquellas 372 columnas y pilastras de dórica factura, tan precisamente colocadas que, vistas desde un punto determinado de la plaza, aparecen formadas en simple fila, y coronado con 162 íconos es una portada digna del "gregio palacio" graciosamente cedido por el Gobierno de Italia al Sumo Obispo Romano, señor de conciencias.

Descendemos del carruaje para darnos el goce de recorrer paso á paso la columnata antes de penetrar en la mansión pontificia, é inmediatamente nos rodea un verdadero enjambre de *ciceroni*, ruidosos y gesticulantes, que á grito partido nos ofrecen sus servicios. Entáblase una verdadera lucha por obtener la preferencia, pues nuestro moreno color les ha revelado nuestro americano abuelo, y ellos conocen y estiman altamente la munificencia de estas tierras. Uno de nuestros acompañantes se decide por fin por un mozo, aparentemente listo y avisado, que anuncia á grandes voces que, además de conocer al dedillo la morada de las papas por haber nacido en ella bajo el glorioso pontificado del señor Pio IX (q. e. p. d.) á quien la santa memoria de su padre había servido de *carabiniere*, él hablaba francés y podía *trabajar* en esta lengua para la mejor comprensión de los señores americanos.

Y, para probar su dicho, empieza á contarnos con vertiginosa rapidez, que el obelisco que se yergue en el centro de la plaza fué traído de Heliópolis por Calígula para ornamento del antiguo Circo Vaticano; que por orden de Sixto Quinto fué transportado á la plaza de San Pedro y erigido allí el 10 de Septiembre de 1586 bajo la dirección de Domenico Fontana; que durante esta última operación acaeció que el dicho Fontana no cuidó de calcular la resistencia de los cordajes, por lo que la empresa hubiera fracasado á no ser porque el marinero Brasca, de Bordighera gritó, no obstante que toda exclamación estaba penada de muerte, "*Acqua alle funi*" (agua á las cuerdas), que tal consejo salvó al arquitecto y al obelisco, en recompensa de lo cual el Sumo Pontífice había acordado á la familia del marinero y á perpetuidad el privilegio de proporcionar á la Iglesia de San Pedro todas las palmas que necesita para el Domingo de Ramos; y por último, que ya tendríamos ocasión de enseñarnos un cuadro hecho por su mano y que representaba la narrada escena, el cual ponía á nuestra disposición al módico precio de *trece me lire*....

Por lo visto, en cuestión de precios el hombre sólo hablaba italiano.

Tomó alientos, y preguntó:

—*Naturellement, ces messieurs visiteront mon cher Vatican?*

Y á nuestro asentimiento, manifestó dispuesto á gestionar lo necesario ante la guardia palatina.

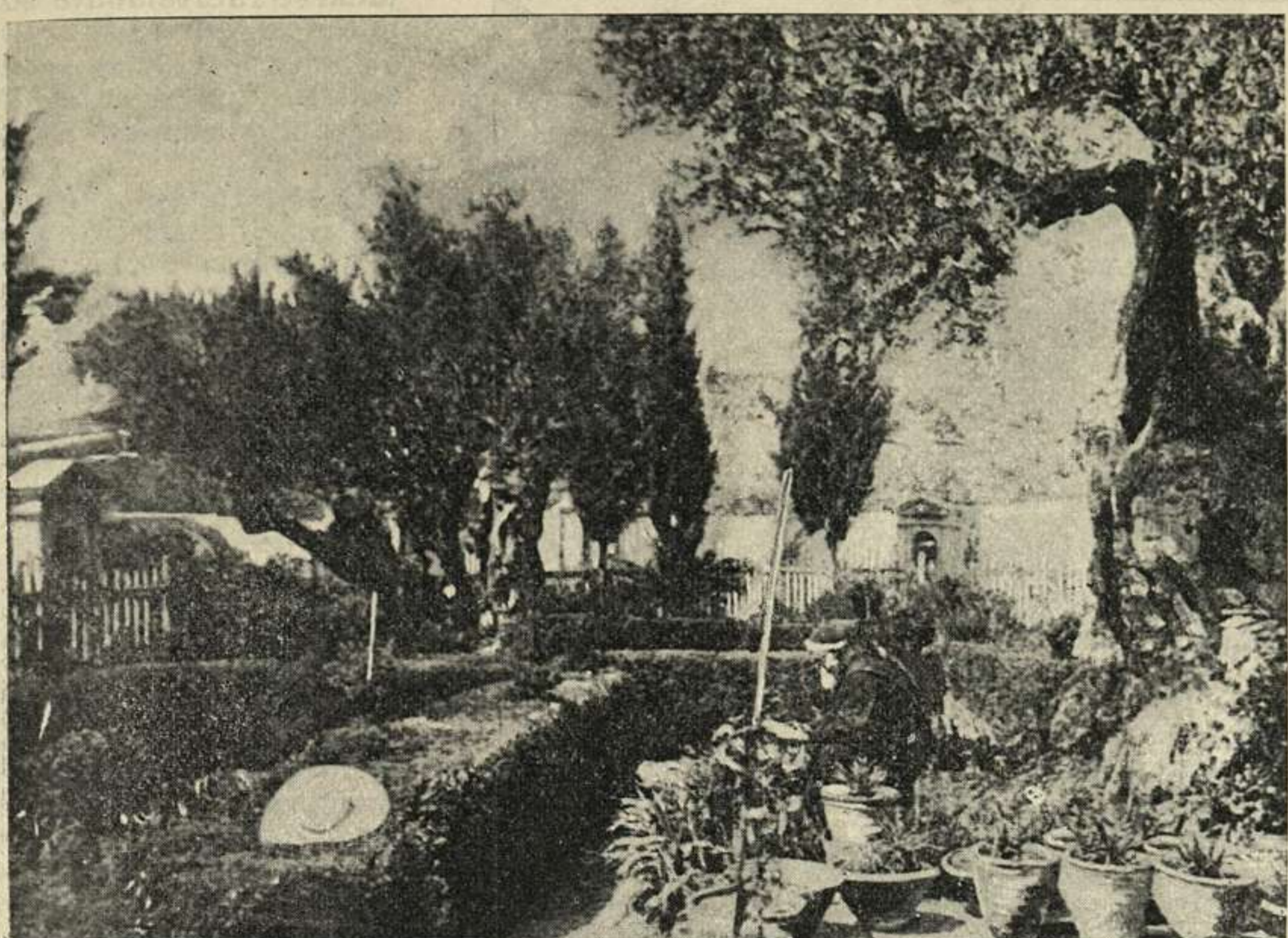
Mas ello no fué preciso, pues el Doctor Z, ex-Presidente de una república centro americana, que había dejado el poder por la ingratitude del pueblo según él y por la desvergüenza de él según el pueblo, mostró un permiso de visita signado por su Excelencia Reverendísimo Monseñor Ricci-Paracciani, Mayordomo de Su Santidad.

Entramos, pues, por el *Portone di bronzo*, rindiéndonos cortesmente el cuerpo de guardia de los Suizos—que con sus chillantes uniformes de Arlequín, desdican en mucho de la augusta majestad de aquellos sitios,—y ascendimos los peldaños que conducen al patio de San Dámaso, uno de los veinte patios con que cuenta el Vaticano y en torno de los cuales están agrupadas las 11 000 salas del palacio. Pasamos una visita á Monseñor Mayordomo, (quien, rodeado de numerosos empleados, funge de algo así como administrador de aduanas, pues el Vaticano, como el palacio de Letrán y el castillo de Castel-Gandoifo, goza del privilegio de exterritorialidad garantizado por una ley de la Corona de Italia), y pasando por la *Scala Regia* llegamos á una entrada lateral de la Capilla Sixtina, lugar á donde tuvo á bien conducirnos primeramente nuestro locuaz *cicerone*.

La Capilla Sixtina es, sin duda alguna, la más preciosa joya artística del mundo entero, y su recinto (405 metros \times 11 metros) encierra las más altas creaciones de los más eximios pinceles.



LA LECTURA DEL CUENTO DE HADAS.



Huerto de Gethsemani.



El Monte de los Olivos.



Campamento del séquito del Emperador Guillermo frente á Jerusalem.



Una vista general de Jerusalem.



Exterior de la tumba de la Virgen María.

La construcción data del siglo XV y es místicamente sobria, de lineamientos vastos y regulares, y si no puede igualársela á las capillas góticas que tan gratamente remueven nuestra admiración, no podemos tampoco negarla que responde á las más estrictas exigencias estéticas, cuando se contempla la armoniosa esbeltez de su bóveda, iluminada por la templada claridad que penetra a través de sus doce ventanas laterales, garbosamente rasgadas y adornadas de vitrales multicolores.

Mas lo que asombra en la Capilla Sixtina, lo que asombra al grado de paralizarnos y retenernos en ella sin sentir el transcurso de las horas, son sus muros, sus muros en que, bajo el enorme amparo de Miguel Angel, los maestros florentinos del glorioso siglo XV viven en los tiempos á las poderosas evocaciones de sus divinas obras.

En los frescos laterales está toda la escuela de Florencia, toda esa escuela rica de color y de idea, altamente plástica é intensamente psicológica: el Perugino, Sandro Botticelli, el Pinturicchio Lucas Signorelli, Casimiro Roselli Salviati, Bartolomeo della Gatta, Arrigo Fiammingo y el olimpico Ghirlandajo. Uno falta, uno solo, á quien el armonioso conjunto de esas grandes firmas parece reclamar con insistencia: Fra Angélico.

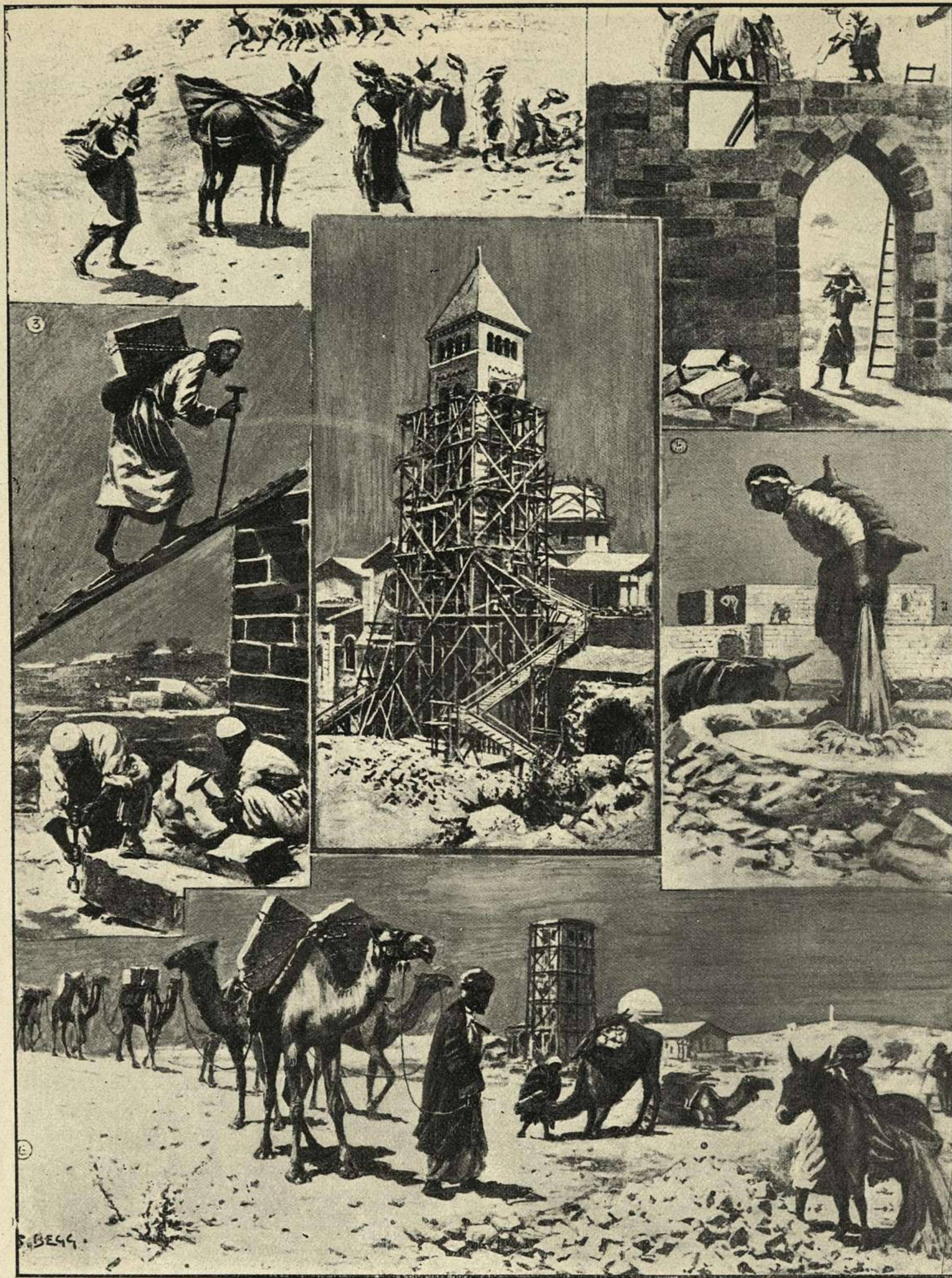
Son escenas todas, arrancadas á las pintorescas leyendas del viejo Testamento, y sobre ellas, demasado altas, ¡ay! para ser vistas como se quisiera, ostentan el fulgor de sus tiaras las efigies de unos treinta Papas, pintadas también por Botticelli.

La bóveda y el *plafond* son de Miguel Angel Buonarrotti y considéranse como la obra más completa del insigne artista, que empleó en ella más de cuatro años.

Un joven pintor mexicano, muerto ya, y que estudiaba entonces en la Ciudad Eterna, explicábame estas ásticamente las creaciones del gran maestro, mientras por otro lado el Doctor Z. preguntaba con tenacidad al cicerone, si podría ver el cuarto de dormir del Papa y se contentaba con ir á contemplar los carruajes y las caballerizas cuando supo que su primer deseo no era realizable.

Díjome mi ilustrado compatriota, que él consideraba esas pinturas de Miguel Angel superiores en aliento y perfección á todas las de Rafael, no obstante que éstas gozan de primacía en la opinión general, y relatóme las peripecias y los diversos periodos por que pasó la idea de Miguel Angel antes de realizarse y que mi amable guía había estudiado en Ascanio Condivi, discípulo de Buonarrotti, que escribió la vida de su maestro en 1553, con la aprobación de éste en todas sus partes.

En un principio sólo quiso pintar á los doce apóstoles, pero comprendió que la obra resultaría demasiado exigua para la opulencia arquitectural de la capilla, y entonces ideó una á una las composiciones que hoy existen é imaginó reunir las por medio de un conjunto pictórico de columnas, pilares y cornisas,



Cómo se construyó la Iglesia Alemana de Jerusalem.

- 1.—Acarreadores de escombros. 2.—Albañiles.
- 3.—Cortadores y acarreadores de piedras.
- 4.—La torre 5.—Preparando argamasa.
- 6.—Camellos viniendo de las canteras.

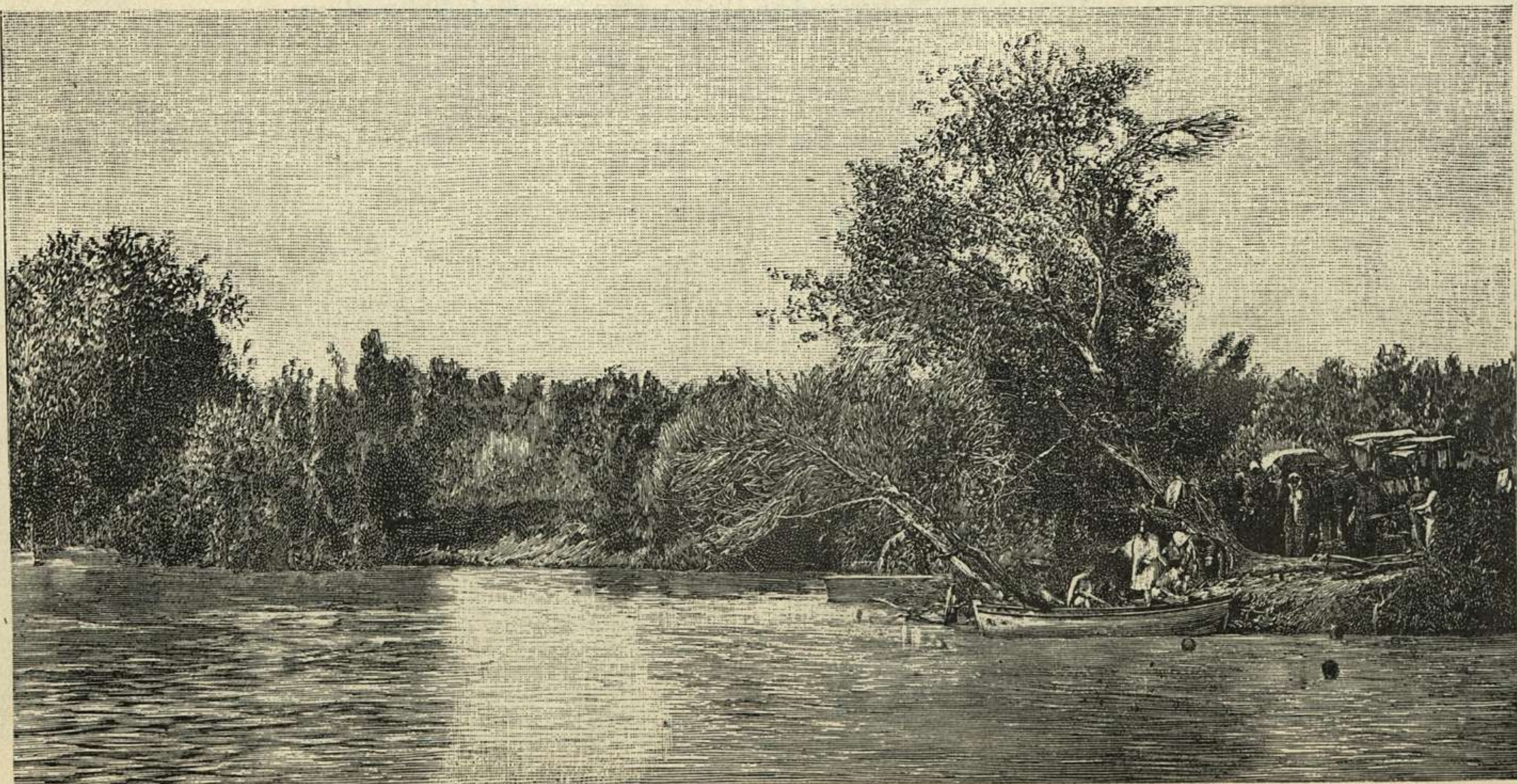
imitando bronce y mármol, el cual conjunto surge de los muros y se eleva hacia la bóveda para formar en ella los nueve campos en que está dividida. Esparcidas por todas partes y pintadas por modo que aparezcan salientes, mirase gran número de figuras, con colores naturales unas y bronceadas otras, cuya fineza

ojos del espectador, mientras las piernas, que parecen estar más cercanas, se encuentran en el sitio más lejano: cosa asombrosa que demuestra la habilidad de aquel grande artista en la práctica de la perspectiva.

En el paño del fondo, sobre el altar, está el gran fresco de Buonarrotti, su obra magna concluido en 1541 bajo el Pontificado de Pablo III.

Está pintado sobre una superficie de 20x10 metros y representa el Juicio Final.

Desgraciadamente el sitio que ocupa carece de la luz suficiente, lo que unido á los desperfectos del tiempo, hace difícil el estudio minucioso de tan colosal obra del genio humano. En torno del Salvador, sentados sobre un trono de nubes, tribunal supremo de los hombres, los bienaventurados ascienden á la gloria llevados por ángeles que sostienen titánicas luchas contra los demonios. Los pecadores, en



Lugar del bautizo de Cristo en el Jordán.

cambio, no pueden pasar de los antros del suplicio. Allí está el infierno dantesco interpretado, con la barca de Aqueronte y con el juez Minos. A propósito de éste, cuéntase una anécdota curiosa: El maestro de ceremonias de Pablo III, Cardenal Biaggio di Cesena, criticó duramente la composición de Miguel Angel, tachándola de inmoral á causa de sus desnudeces y pretendió que el sumo Pontífice ordenara la suspensión de la pintura; más Pablo III que estimaba altamente el talento de Buonarotti y que era un espíritu superior y amaba el Arte, lejos de acceder á los deseos de Biaggio, ordenó al pintor que continuase su cuadro sin preocuparse por ninguna crítica y siguiendo sólo las inspiraciones de su propio genio. Miguel Angel, que supo las maquinaciones del Cardenal, decidió vengarse y al efecto trasladó sus facciones al lienzo, dándole el papel de Minos y envolviendo castamente su cuerpo en una víbora enroscada. Reconocióse Cesena y se quejó al Papa, el cual quiso ver la obra y exclamó después ingeniosamente:

—Cardenal, mis oraciones pueden salvar á un pecador del purgatorio mas no del infierno. En el infierno o ha puesto Miguel Angel y en él quedaréis. Y hasta la fecha está allí Biaggio di Cesena.

Desgraciadamente el Papa siguiente, Pablo IV, era de los puntos del Cesena y habló de mandar destruir el cuadro, lo que se evitó gracias á Daniel de Volterra que cubrió en parte las desnudeces del cuadro, con todo dolor de su corazón.

Así se aplacó Pablo IV..... El cicerone y el Dr. Z. regresan y nos avisan que es ya tarde hemos pasado cuatro horas en la Sixtina, y ¡pensábamos ver todo el Vaticano en una mañana!

Salmos hondamente conmovidos ante lo que puede el arte en manos de un elegido La plaza de San Pedro está poblada de gente que sale de misa. Todos vamos en silencio, aletargados por el éxtasis que acaba de pasar por nosotros.

De pronto, habla el ex Presidente:

—“Si vieran, en la caballeriza del Papa un caballo igualito al que yo montaba en las revistas, y que tuve que dejar *por allá* cuando me vine... ¡Cómo me ha conmovido ese recuerdo!”

OSCAR HERZ.

EL SOL Y SUS MANCHAS

Siempre tuvo el sol manchas que giran, que se transforman, que á veces se dividen, y que al fin desaparecen.

Fenómeno es este de las manchas solares perfectamente explicado por los astrónomos.

Según se dice, y por muchos métodos parece comprobado, el sol es un inmenso globo de materia gaseosa, ó, si la palabra vale, ultragaseosa, en cuyo interior la temperatura pudiera medirse por millones de grados.

En el seno del sol todas las combinaciones químicas están deshechas: acaso muchos cuerpos que consideramos como cuerpos simples estén descompuestos en elementos más simples todavía. La afinidad química se halla en suspenso, ó al menos, no se hacen sentir sus efectos, porque las entrañas del astro de fuego son regiones de una disociación total.

En cambio, la superficie solar por estar rodeada del espacio, está sujeta á la influencia de temperaturas bajísimas: tan bajas, que acaso vayan acercándose al cero absoluto de la termodinámica.

De donde resulta, que en la superficie solar hay un trabajo constante de condensación por la influencia del frío, y la afinidad química recobra su imperio y se reúnen los átomos y se reúnen las moléculas como si quisieran reconcentrarse en gotas y hasta en polvo impalpable. De esta suerte se forman multitud de nubes blanquísimas, que unas á otras se apilonton en formas redondeadas y constituyen la envoltura solar que desde la tierra descubrimos.

A este conjunto de nubes blancas y brillantes es á lo que llamamos la *foto-esfera*, es decir, la esfera de la luz.

Y es lo cierto, que sin ella el sol no sería para nosotros lo que es, sino una mancha muy grande de forma redondeada. Vemos al sol por su foto-esfera.

Porque está probado experimentalmente, que un gas, por alta que sea su temperatura, alumbra muy poco: prueba de ello es la llama del hidrógeno. Pero que se espolvoree, por ejemplo, con polvo de cal, y al punto adquiere luz vivísima. La vibración de los corpúsculos sólidos es la que engendra la luz. Ellos son

por decirlo así, los instrumentos musicales de la gran sinfonía luminosa. De ellos parten las ondas de éter que vienen á herir nuestra retina, y que en nosotros despiertan esa sensación á que damos el nombre de luz.

Por encima de la foto-esfera, como si dijéramos del nublado blanco y luminoso, hay otra capa de hidrógeno, á que se da el nombre de *chromo esfera*, es decir, esfera del color, porque en efecto es rosada, pero sólo se hace visible en circunstancias especiales, por ejemplo en los eclipses.

Resumiendo: en el sol hay que considerar tres partes: *el interior*, masa relativamente sombría, á temperatura inmensa, y en que domina la disociación más absoluta de todos los elementos; la capa envolvente de nubes condensadas blancas y luminosas, que es la que vemos y á que se llama *foto esfera*; y por último, otra capa de hidrógeno generalmente invisible, y que se designa con el nombre de *chromo esfera*.

Y con lo dicho tenemos bastante para comprender

Mas ahora ocurre preguntar: ¿cómo y por qué, y según qué ley se forman estos ciclones, cuya boca más ancha se dibuja en la foto-esfera y finge una mancha en el disco luminoso?

Para esto tenemos que explicar cuáles son los principales movimientos del sol, materia estudiada con gran empeño por los astrónomos y cuya descripción minuciosa puede verse, por ejemplo, en las obras del P. Secchi y del astrónomo Faye.

En el sol hay que considerar tres clases de movimiento, prescindiendo de su movimiento general de traslación

En primer lugar, el sol gira sobre su eje como una inmensa peonza; pero no gira como giraría un cuerpo sólido, de una vez y de una pieza; y todo él por igual, es decir, con las mismas velocidades angulares.

Las zonas del ecuador van más aprisa que las restantes: en dar una vuelta tardan unos veinticinco días. Las zonas polares van más despacio: completan su ciclo en treinta días poco más ó menos.

En esta circulación sucede algo parecido á lo que vemos en las corrientes de nuestros ríos. En el centro del río la velocidad es la máxima, hacia las orillas disminuye.

Pues el sol parece como si fuera un río circular de fuego y de luz. Por el ecuador va el hilo de la corriente; los dos polos son como las *orillas abreviadas*.

Precisamente estos movimientos se pueden seguir desde la tierra siguiendo el movimiento de las manchas.

Y este fenómeno se explica; y hay una razón para esta aceleración de las regiones ecuatoriales, para ese retraso en las zonas próximas á los polos.

La explicación la dan los astrónomos por el seguudo de los grandes movimientos del sol, que es uno de los tres á que antes nos referíamos.

Toda la masa solar está atravesada, constantemente, por los grandes *aguaceros*—si la palabra vale— porque, en rigor, no llueve agua, llueve materia hecha fuego.

Son como dos lluvias, generales y permanentes: una, de la superficie hacia el centro, lluvia que baja del mismo modo que la nuestra. Otra, del centro á la superficie, es como una lluvia que sube: ó si se quiere, es una inmensa evaporación y á nuestra evaporación equivale. La materia de la superficie, aquellas nubes blancas de que antes hablábamos y que forman la *foto-esfera*, en suma, toda la capa exterior, al contacto ó bajo la influencia del frío del espacio, se enfría y se condensa y aumenta de densidad, y por ser más pesada hacia el centro del sol se precipita á través de la abrasada atmósfera, constituyendo la lluvia de que antes hablábamos: *la que cae*. Lo mismo exactamente sucede con las nubes de agua en nuestro globo.

Pero cuando toda esta materia llega al fondo del sol, en que domina la altísima temperatura, que al principio de este artículo mediamos por millones de grados, todos los compuestos químicos se deshacen: la materia condensada se dilata y haciéndose cada vez más y más ligera, vuelve á subir atravesando la masa solar; es la lluvia que sube ó si se quiere, es la evaporación de las regiones centrales del astro, que también tiene su evaporación como nuestros mares.

Ahora bien, esta doble lluvia que constantemente atraviera la masa solar es la que entorpece su movimiento de rotación, como se demuestra por consideraciones de mecánica que no son de este momento; aunque en cierto modo se comprende que así debe ser, porque es como si á una masa que gira se la atraviesa por una serie de agujas. Y como por otra parte el entorpecimiento es mayor hacia los polos que hacia el ecuador, de ahí que en éste la rotación sea más rápida que en aquellos.

Esta circulación de la materia solar, este condensarse de nubes blancas en la superficie y dar luz y dar calor á los espacios planetarios y luego caer al centro y dilatarse y recoger calor para subir y convertirlo en luz, es un mecanismo admirable, que hace del inmenso astro una estupenda máquina productora de calor y de luz, con su caldera en el centro y su condensador en la superficie; pero esta circulación agota también las energías solares, hasta que llegue para nuestro astro el momento del frío, de la muerte y de la sombra eterna.

De todas maneras vemos en el sol una circulación análoga á la que existe sobre la tierra para el agua de los océanos. También se evapora, también sube,



La llegada de Lord Kitchener á Dover.

lo que son las manchas solares. No son, en verdad, otra cosa que verdaderos desgarrones de la foto-esfera, que dejan al descubierto las entrañas relativamente negras del sol.

Bajo cierto punto de vista, nuestra tierra vale más que el astro del día: cuando se desgarran nuestros nublados, vemos el azulado firmamento. Cuando se desgarran las nubes del sol vemos negruras.

¡Quizá esto tenga su filosofía y no de las más pesimistas!

Por eso en el sol hay siempre manchas, aunque pasajeras: la foto-esfera se desgarran, la foto-esfera se cierra, y siempre anda en perpetua agitación.

Pero estos desgarrones de la foto-esfera no son superficiales: la rotura penetra hasta el interior de la masa solar; son enormes huecos; son abismos espantosos, son como embudos, cuya punta se huude en las entrañas del astro de fuego; son en rigor, verdaderos ciclones de aquella abrasada atmósfera. Y así, por los bordes del embudo, por los flancos del abismo, se ve en cierto modo gotear hacia dentro, en hilos prolongados, las nubecillas blancas de la foto-esfera. Y hasta el extremo más estrecho del embudo se ve en forma de un pequeño círculo negro.

MEXICO MODERNO.



Casa de la propiedad de los Sres Terrazas.
Paseo de la Reforma.—[Legación de Bélgica.]

también por el frío de la atmósfera se condensa en nubes, también cae en forma de lluvia, y otra vez sube al seno de los mares, encendiendo, de paso, no nueva luz, pero sí la vida vegetal y la vida animal.

El tercer movimiento de la masa solar es precisamente el que explica las manchas solares, porque es el de los grandes ciclones, que tienen su boca ancha en la foto-esfera, y que vistos como nosotros los vemos por el interior, fingen un espacio obscuro.

También los astrónomos explican con facilidad suma y con grandes *probabilidades* de acierto la formación de estos ciclones

Y es que cada parte del todo aparece tan enlazado á todas las partes del mismo todo en este admirable mecanismo, que las particularidades de cada movimiento se explican por otros de los tres movimientos que hemos enumerado, que eran: el movimiento desigual de rotación de toda la masa solar alrededor de su eje, la doble lluvia de fuego, la que cae y la que sube, y por último, los grandes ciclones cuyas grandes bases son las manchas taladros oscuros en la aglomeración de nubecillas blancas de la foto-esfera.

En efecto: la doble lluvia entorpece el movimiento de rotación, que resulta mas rápido en el ecuador que en las regiones polares.

Pero esta desigualdad en las velocidades del río circular de fuego determina á su vez la formación de los ciclones, ni más ni menos que en nuestros ríos la masa líquida comprendida entre dos filetes que tienen desigual velocidad gira en forma de torbellino

Cuando un niño coje entre sus dedos la parte superior de una peonza, y con uno de ellos la empuja hacia adelante y con el otro la empuja hacia atrás, la peonza gira. Pues asimismo en el sol cuando una zona gira con más velocidad que otra, la parte intermedia puede girar también, y así se forman torbellinos, trombas y ciclones solares.

De donde resulta que las manchas del sol no son fenómenos extraños, misteriosos, inexplicables, sino bien al contrario, fenómenos sencillísimos, naturales, que dependen en último análisis de la dinámica solar.

Al menos tal es la opinión de la mayor parte de los astrónomos, opinión bosquejada imperfectamente en el presente artículo.

JOSÉ ECHEGARAY.

NUESTROS GRABADOS.

La lectura del Cuento de Hadas.

¿Cómo entretener á la gente menuda para que por un rato siquiera se esté quieta y deje dormir la siesta á papa?

La hermana mayor sabe cual es el remedio infalible y busca un libro y se da á leer en voz alta uno de esos cuentos de hadas que tan gratamente absorben la atención infantil, uno de esos cuentos en que hay ogros que se comen á los niños, y gatos que hablan y calzan botas, y lobos que se convierten en abuelitas.....

Pero nada hace estremecerse los tiernos corazones con tanta emoción como las periódicas apariciones de alguna buena hada que, con la maravillosa influencia de su varita mágica, forma palacios en los desiertos y convierte en ratones á los leones.

¡Mirad como escuchan los niños tales milagros! Mientras tanto, papá reposa por un instante del rudo trabajo, y cobra fuerzas para empezar de nuevo.

Vistas de la Tierra Santa.

Demasiado conocidas son y de gratos recuerdos para todos los nombres y lugares que representan estas vistas que publicamos con motivo del viaje del Emperador

Esta consideración nos dispensa de dar descripciones que serian redundantes.

Los grabados por si solos dicen más al sentimiento que cuanto pudiéramos escribir nosotros.

La nueva iglesia de Alemania.

El Emperador de Alemania ha encontrado en Palestina hondas huellas de la actividad alemana que desde hace tantos siglos busca un campo para sus empresas, y satisfacción á sus alhelos religiosos en la Tierra Santa.

Carlomagno debidamente autorizado por el Kalifa, construyó una iglesia y un hospital en Jerusalem. El edificio quedó reducido á una ruina en el transcurso de los años y el terreno fué comprado por mercaderes italianos de Amalfi, los cuales el año de 1048 construyeron dos hospitales para peregrinos— el de S. nta María para mujeres, y para hombres el de San Juan. Este último establecimiento fué la Cuna de la Orden de Caballeros de San Juan. Esta comunidad se hizo cargo del hospital, construyó un palacio para el Gran Maestre y habitaciones para los otros miembros de la orden. Los monjes benedictinos edificaron la Iglesia de Santa Maria.

En 1187, cuando Saladino tomó Jerusalem estableció su residencia en la del Gran Maestre de los Caballeros de San Juan y más tarde cedió toda la propiedad á la mezquita de Omar.

Después de Saladino se hizo un hospital en el lugar de la antigua iglesia y construyose una mezquita en la parte noroeste del terreno. Todos estos edificios se deterioraron, permaneciendo en ruinas hasta 1869. En ese año el Príncipe de la Corona de Prusia visitó Jerusalem y el Sultán le dió en propiedad la parte oriental en que estaban las ruinas de que hablamos.

Arqueológicamente es la porción de mérito menor, pero en ella estaba la gran Iglesia.

Guillermo I acordó que se construyera en el Muristan (el lugar de la antigua iglesia hecha hospital por los sucesores de Saladino) una "Iglesia del Redentor."

Hubo dificultades extraordinarias para echar los cimientos de la fábrica. Descubrióse que la antigua iglesia descansaba en otras ruinas, pues sólo un pilar partía de la roca.

Año y medio de trabajos y un gasto adicional de \$150 000 sobre los \$250 000 que importaba el primer presupuesto fueron necesarios para las obras macizas de mampostería que soportan el peso del edificio.

Nuestro grabado muestra los métodos orientales empleados para remover los escombros y construir la iglesia del Salvador.

La recepción al General Kitchener en Inglaterra.

Mucho antes de que el bote Calais, con el Sirdar á bordo estuviera á la vista, el muelle de Dover habia sido invadido enteramente por la multitud que acudia ansiosa por dar la bienvenida al vencedor de los derisivos, y vengador de Gordon.

En cuanto el general Kitchener saltó á tierra, el Jefe militar del puerto, General William Buttler, y el Mayor Sir William Crundall, ambos de gran uniforme, se adelantaron á recibirle, en medio de los aplausos atronadores y los *hurras* de todos los espectadores.

Desde que Lord Kitchener pisó el suelo de su patria, su viaje ha sido una marcha triunfal. En Dover los Highlanders le formaron guardia de honor. El Mayor de Dover le ofreció un banquete, y de allí fué llevado en triunfo á la estación del ferrocarril. Una compañía de granaderos habia formado valla desde el Hotel de Lord Warden hasta la estación; pero lejos de esforzarse en contener á la multitud, los soldados mismos aclamaban al General y se acercaban á él para estrecharle la mano. En Londres fué recibido por los príncipes: Cristián Víctor Francisco y Adolfo de Teck; Lord Wholseley, el General Maurice, Sir George White y muchos otros miembros de la nobleza fueron á recibirlo y se disputaron el honor de ser los primeros en felicitarle por su triunfo

Un grupo de policías le escoltó hasta las antecámaras reales, donde estuvo algunos momentos recibiendo innumerables muestras de afecto, y después conferenció con el Príncipe de Gales. Visitó á Lord Salisbury y por último, fué á pasar un día á Balmoral, donde recibió cumplimientos y felicitaciones de la Reina.

México Moderno.

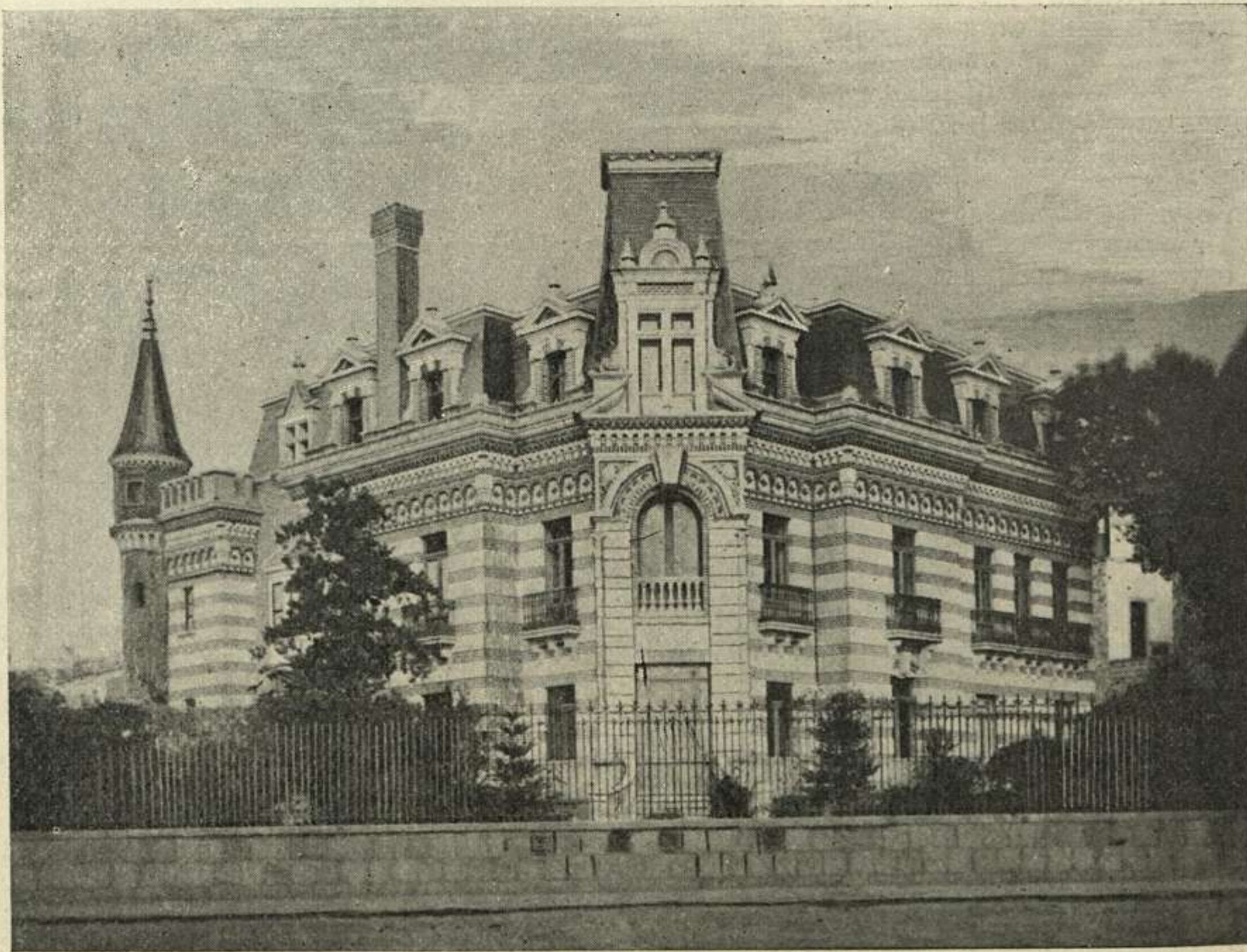
Aparecen hoy en estas columnas tres edificios de los que forman el gracioso y artístico "México Moderno."

Al iniciar esta sección hubiéramos querido dar amplios pormenores acerca de las casas que en ella figuran; mas habiendo encontrado la natural y delicada reserva de los primeros propietarios á quienes nos dirigimos, los cuales nos manifestaron su deseo de no dar publicidad á los detalles relacionados con intereses particulares, hubimos de limitarnos á tomar vistas fotográficas del exterior de esas casas.



Casa del Sr. Melber en la Reforma.

[Construída por el Sr. Ingeniero Alberto Best, estilo Reina Ana.]



Casa del Sr. D. Juan Dublán, Calle de la Penitenciaría.



LOS CAUTIVOS DE HANAMBOUGOU.

I

Boubou y Coumba eran dos niños cautivos de cierto anciano. No obstante su condición eran desconocidas para ellos las miserias de la esclavitud y vivían completamente dichosos.

No se preocupaban por su origen; jamás habían inquirido quiénes eran sus padres, ni aún suponían haberlos tenido alguna vez.

Vivían bajo un mismo techo, se alimentaban en la misma calabaza, dormían juntos en un jergón y crecían, jugaban y trabajaban fraternalmente unidos por espontáneo afecto infantil.

En la soledad campestre de su vida, todo era tranquilo: tan desconocidos eran para ellos los grandes gozos como las penas hondas.

La aldehuela donde vivían llamábase Hanambougou. Era un simple caserío escondido en una garganta de las montañas que dominan el valle de Bakay.

El amo de los chiquillos, anciano apacible y amante de la soledad, los trataba con dulzura, dejando pasar inadvertidas sus faltas y les hablaba frecuentemente de Allah, cuyo reino invisible flota sobre la tierra, mas allá de las nubes, y envía algunos reflejos de su esplendor sobre las rutas de los hombres. Los dos niños amaban á su señor como si fuese un padre para ellos.

Alassanne (era el nombre del anciano) pasaba los días absorto en un éxtasis, copiaba los versículos del Corán en pergaminos, que pintaba él mismo con imágenes, y se paseaba por la montaña solitaria. Pocas veces bajaba á la llanura: lo que sabía de los hombres hacía evitar todo contacto con ellos. Sin embargo, no era un hombre hosco y su rostro reflejaba graves pensamientos iluminados por perenne sonrisa.

Su habitación era rústica y humilde. Entre un seto vivo de juncos tenía su cabaña de techo cónico y por únicos muebles, un lecho de bambú y una piel de carnero. Había allí cerca otra cabaña más humilde para los niños; un granero en el que guardaba las cosechas; una estacada para atar las cabras durante la noche y un rectángulo arenoso rodeado de árboles, reservado para la oración.

Boubou y Coumba jamás habían salido de las quebras de la montaña. A quien les hubiese preguntado desde cuándo estaban allí cautivos, le habrían dicho: "Toda la vida."

Habían oído hablar de llanuras interminables cubiertas de villas populosas. Según Alassanne

allí era donde vivían los malvados y los miserables.

La garganta de la montaña descendía hacia el río en una pendiente de rocas: un arroyo bajaba, saltando aquellos escalones, bajo el bosque de árboles gigantes cuyos follajes ocultaban las lejanías de la llanura. El lecho del arroyo semejaba una inmensa escalera abierta entre el túnel ascendente formado de árboles y rocas.

Detrás de Hanambougou se abre un valle rodeado de bosques. En ese valle estaban las tierras de Alassanne, cultivadas por los esclavos, y cuyos productos con la leche de las cabras, daban alimento á los tres.

Las estaciones del año imponían siempre los mismos trabajos. La tierra del Sudán produce espontáneamente sus cosechas.

En la época de la siembra, los dos cautivos quemaban las cañas, esparcían por el suelo las cenizas, desarraigaban las yerbas nocivas, rompían la tierra y enterraban la simiente. En las horas cálidas se refugiaban á la sombra de una choza y comían.

—Cuando seas grande, me abandonarás tal vez, decía Boubou á su compañera.

Nunca había pensado Coumba en esto y al oír la frase de Boubou, se entristeció.

—¿Y por qué había de abandonarte?

—No lo sé, replicó Boubou.

Amaban su desierto y no pensaban que hubiese un mundo fuera de él.

—¿Y á dónde iría yo? preguntó Coumba.

A dónde? Boubou no podía contestar y con ademán vacilante:

—Allá, lejos, á los países lejanos.

Coumba lloraba.

—Servir á otros amos, oh! no; Alassanne dice que son malvados.

Y sus cuerpecitos, extendidos perezosamente en un lecho de yerbas, se acercaron estrechándose. Coumba, cuyo instinto de mujer ya despertaba, dijo á su amigo:

—No, tú sí que te irás.

Boubou se defendía.

—Yo jamás me iré; jamás, repetía, y le brillaban los ojos.

Al caer la tarde, cuando la sombra de las montañas se extendía, regresaban á la aldea, con una carga de leña en la cabeza y recogiendo al paso las cabras.

Ocupábanse luego en preparar la comida. Mo-

lian el maíz en los morteros, encendían una hoguera en el patio y colocaban la marmita sobre el fuego, asentándola entre dos piedras.

Luego se reunían para orar en la rústica mezquita. De pié detras del anciano, imitaban sus ademanes, levantaban con él los brazos al cielo; repetían sus palabras árabes, se golpeaban el pecho, prosternábanse con la frente en el suelo y clamaban:

—Allah! Allah!

A veces, á la luz de la luna, Boubou tocaba un tamboril y Coumba bailaba.

Llegaba la época de las lluvias. El arroyo convertíase en torrente, saltaba los peldaños de la roca y sus mugidos llenaban el valle.

Los árboles refrescaban el tono mortecino de su follaje y las faldas de la montaña se cubrían de césped tierno y jugoso. Los maizales crecían y al evaporarse las brumas rojizas, el cielo se hacía mas profundo.

Los dos niños llevaban á pastar las cabras: cogían la provisión anual de hojas de baobab para sazonar la pasta de mijo y hacían cuerdas con filamentos de cortezas de árbol. Coumba, á la sombra de las rocas, hilaba.

Y las altas yerbas crecían ocultando el fondo de las gargantas, escalaban las alturas, ahogaban los frágiles arbustos y entre los árboles del bosque formaban espesísima malla, impenetrable.

Después, las sávias efímeras se iban secando, el sol doraba las malezas sazonando los granos en la panoja amarillenta. Entences Boubou y Coumba pasaban el día en los campos ahuyentando los pájaros de la sementera cuajada de frutos. Desde el amanecer hasta la tarde no hacían más que gritar, batir las palmas de las manos, y tocar trompas para espantar á las aves que revoloteaban sobre sus cabezas. En distintos lugares había espantajos que ellos movían con cuerdas desde su mirador elevado sobre troncos y puesto al abrigo de los rayos solares.

Los varios espectáculos de la soledad mecían la imaginación de los niños en sueños dulcísimos. Al amecer, se evaporaba el rocío nocturno y las nieblas arrastrándose por las sinuosidades del valle semejan un lago de plata tendido entre aquellas montañas. Era la hora nacarada. El sol subía, subía hasta el zenit; cintilaban las rocas y las malezas parecían zarzas encendidas. Entre las yerbas tostadas las cigarras lanzaban gritos roncós y las aves buscaban abrigo. La na-

II

Por un sendero de la montaña, que conducía á países desconocidos, Boubou se fué con el corazón lleno de esperanzas y el alma iluminada por su ensueño. A cada vuelta del camino dirigía los ojos hacia atrás y veía siempre la silueta blanca del anciano que de pie, con ambas manos apoyadas en su báculo, de espaldas á un árbol, le seguía con los ojos hasta que se perdió entre la espesura.

Pero á poco se fueron ocultando las cabañas de Hanambougou y se encontró el joven en la soledad de una boscosa altiplanicie. A cada paso, oprimía con la mano el cinturón de cuero que contenía el rescate de la cautiva.

En la opuesta vertiente, aparecieron á su vista campos extensos, velados de azul pálido, entre colinas indistintas. Allí corrían las ondas del Níger y Coumba lloraba acaso, desesperando de ver á su compañero.

Y fué dejando atrás horizontes iguales, preguntando en cada pueblo por el camino de Bammakou.

Llegó al fin á las alturas del Soknafi. El corazón le palpitó cuando al salir de un bosquecillo vió una inmensa llanura que se perdía á lo lejos, entre las brumas.

Las sinuosidades de un río brillaban en el fondo del valle. Junto al río vió Boubou una ciudad magnífica cuyos tejados no eran de paja como los de su cabaña. Entre el vasto recinto formado por altísimas murallas, había terrazas, minaretes y en ciertos lugares hormigueaba la multitud. Se sintió fascinado.

—Bammakou, Bammakou.

Levantó los brazos al cielo y pronunció devotamente el nombre de Allah.

Empezó á bajar por una cuesta cuyas rocas minaba con furia un torrente, llegó á la llanura y franqueó la puerta de la villa.

La opulenta ciudad de los mercaderes moros lo deslumbró. Vagó largo rato preguntando á los transeuntes si conocían á Coumba. Había muchas



turalaleza resplandecía con tonos de oro fundido. Pero luego el aire se hacía más transparente, las cosas acentuaban sus contornos y las cimas trazaban sus líneas sobre el cielo menos pálido. Era la hora azul. El sol declinaba, atravesando con sus rayos oblicuos la cresta umbrosa de los montes; en las barrancas profundas oscurecía. . . . Era el momento de tono violeta que anuncia las tinieblas.

Cierta mañana que Boubou y Coumba dormitaban en sus miradores, tres ginetes aparecieron en el recodo del sendero. Detuvieronse de pronto y uno de ellos se alzó sobre los estribos para explorar el valle con la mirada. Casi en el mismo momento partieron al galope en direcciones divergentes. Boubou y Coumba, asustados, corrieron hacia el pueblecillo, á donde sólo llegó Boubou. Coumba había caído en poder de los ginetes. . . .

Alassane convoca á los vecinos armados de fusiles, mas ya era tarde. Los extranjeros habían escapado.

El anciano requirió su cayado y su piel de carnero y bajó á los pueblos de la llanura que se extienden al otro lado de la montaña. A poco regresó triste y resignado. Los merodeadores habían puesto á salvo su presa en Bammakou.

Boubou inconsolable pasaba los días muerto de tedio y las noches, llorando.

—Cuando sea grande, dijo al anciano, iré á traer á Coumba.

La seguridad con que hablaba hizo sonreír á Alassane. Púsole la mano en la cabeza y mirándolo, vió en los ojos de Boubou una llama, que hizo pensar mucho al anciano.

—Allah todo lo puede. Cuando seas hombre ya veremos lo que sucede, le dijo.

A medida que las fuerzas de Boubou cobraban vigor, la sementera iba ensanchando sus límites. Ya las mieses no cabían en el granero y con el consentimiento del amo el excedente iba á venderse en la llanura. Boubou atesoraba.

De cosecha en cosecha Boubou se hizo hombre. Un día dijo á su amo:

—Señor, no crees que ha llegado el momento?

—Ponte en camino, le contestó el anciano; toma este oro y que Allah te guíe. Te doy la libertad.

Y puso en las manos de Boubou todo el oro que había reunido. El esclavo se arrodilló y le besó los pies.

—Señor, ya eres muy viejo; ¿quién te servirá durante mi ausencia?

Alassane, conmovido, lo obligó á ponerse en pié:

—Hijo mío, Allah proveerá á mis necesidades. Sólo una cosa tengo que pedirte. Y su voz temblaba.

—Yo tuve hijos, un varón y una mujer; ahora estoy solo en el mundo. Trae á Coumba; los dos viviréis en mi casa y el viejo Alassane será vuestro padre.

Cogió un amuleto que llevaba consigo, lo colgó al cuello del joven y le dió su fusil.

—Ahora véte; el tiempo es precioso.

Boubou abrazó al viejo y dijo:

—Espéranos. Los dos volveremos, siempre fieles á tí.



mujeres de ese nombre, pero no reconoció á ninguna de ellas.

Desesperaba ya de verla, cuando al día siguiente, bajo el pórtico sombrío de la mezquita de Omar, encontró al paso á una hermosa joven de andar violento. Su traje era de telas bordadas de Segou y en los brazos y tobillos llevaba argollas de oro. La gracia y la belleza de la joven impresionaron á Boubou, la expresión de este rostro evocaba en él una semejanza vaga con la Coumba de sus sueños, la siguió de lejos y pudo ver que entraba á una casa suntuosa.

—¿Quién es esa mujer? preguntó Boubou tímidamente al esclavo que guardaba la puerta.

—Es la mujer de mi amo, contestó éste.

Boubou insistió:

—Y tu amo?

El cautivo le miró de reojo.

—Amet Fall, el mercader más rico de la ciudad.

Y añadió:

—Su mujer se llama Coumba.

Boubou desfallecía:

—¿Se llama Coumba!

—Sí, dijo el esclavo; ahora, largo de aquí!

Boubou, estupefacto, se retiró.

Sacó del cinturón un anillo de oro y compró una vestidura hermosísima. Al atardecer, llamó á la puerta de Amet Fall y preguntó al esclavo: —¿Vive aquí Coumba, la esposa de Amet Tall?

—Aquí vive.

—Soy mensajero de un gran jefe de Segou y traigo una misión para tu señora.

Se le introdujo á un cuarto bajo en el que había cautivos recostados sobre los tapices. Una joven de senos desnudos, con un collar de ámbar en el cuello, condujo á Boubou por un corredor oculto entre los muros hasta la estancia de la señora.

Coumba, recostada en un diván, con la cabeza apoyada sobre el codo, llena de curiosidad vió entrar á Boubou. Dos mujeres abanicaban á Coumba.

Boubou se detuvo; tanto lujo lo paralizaba. La fisonomía de Coumba traicionó una emoción intensa que inútilmente pretendió ocultar. Se incorporó súbitamente y entonces Boubou, cobrando valor, abrió los brazos.

—¡Coumba, gritó.

Iba á lanzarse sobre ella, pero Coumba contuvo su impulso y despidió á sus sirvientes. Cuando quedaron solos se puso en pié.

—¿Cómo! Boubou, eres tú?

—Sí, yo soy, dijo Boubou; vengo de Hanambongon, y la estreché entre sus brazos.

—Coumba, Coumba, decía.

La joven tan conmovida como él, le acariciaba el rostro con sus lindas manos.

Mas su efusión fué corta. Amet Fall, prevenido

sin duda por las mujeres de la servidumbre, acudió, sañudo y amenazador.

Coumba al verlo, rechazó brutalmente á Boubou. El miedo la dominó y con voz débil pretendió excusarse, diciendo:

—Ha puesto la mano sobre mí.

Amet desenvainó el puñal, y la brillante lámina resplandeció en su mano crispada.

Coumba á los piés de su esposo lo detuvo.

—Oh! esto no, suplicaba; pido gracia para él.

Boubou, inmóvil no comprendía nada.

Amet fijó sobre su mujer los ojos, lleno de sorpresa.

—Esto no, repetía ella con vehemencia.

El moro envainó su puñal y llamó á dos cautivos que apoderándose de Boubou lo llevaron fuera.

III

Al día siguiente los habitantes de Bammakon veían en las callejuelas de la ciudad á un hombre devorado por la fiebre, que pedía agua. Tenía una mano cortada, los piés encadenados á una barra de hierro y en el cuello una campana pendiente de un collar.

La virtud de la esposa de Amet Fall estaba á cubierto de toda sospecha.

O. TARDIF.

SU AVIDAD.

(DE GYP)

CHO días llevaba en Vichy, siguiendo á pié juntillas, por prescripción facultativa, el régimen severísimo de recojerme á las diez, levantarme á las ocho, alimentarme de zanahorias, espinacas y ciruelas cocidas, sin permitirme, ni por asomo, echar una ojeada á las lindas criaturas que topárame al paso, de día como de noche. "Si Vichy no os cura—hábiame dicho el doctor—estais perdido y nada os sanará."

Decidíme á desayunar solo en cualquier parte; y, en lo tocante á la comida la hacía siempre en la mesa redonda del hotel. Era esta tranquila y compuesta de medianías: veteranos que relataban sus pasadas campañas, de modo que harían oír la gloria á los más belicosos, algunas familias tan numerosas como respetables; una literata, cuya sola vistame crispaba; un excelente cura, perfecto caballero, tolerante y hombre de mundo; una característica del teatro de Moulins y una anciana acompañada de su nieta. La señorita Genoveva (sé su nombre por haberla oído llamar así á su buela) era la única persona linda de la reunión: gentil, espiritual y blonda; de grandes y rasgados ojos azules, aterciopelados y acariciadores; una boquita pensadora y una tez de camelia; en suma, la más deliciosa criatura que pudiese uno soñar. Una belleza apacible, con tendencias á lo etéreo; pero, sin embargo palpitante.

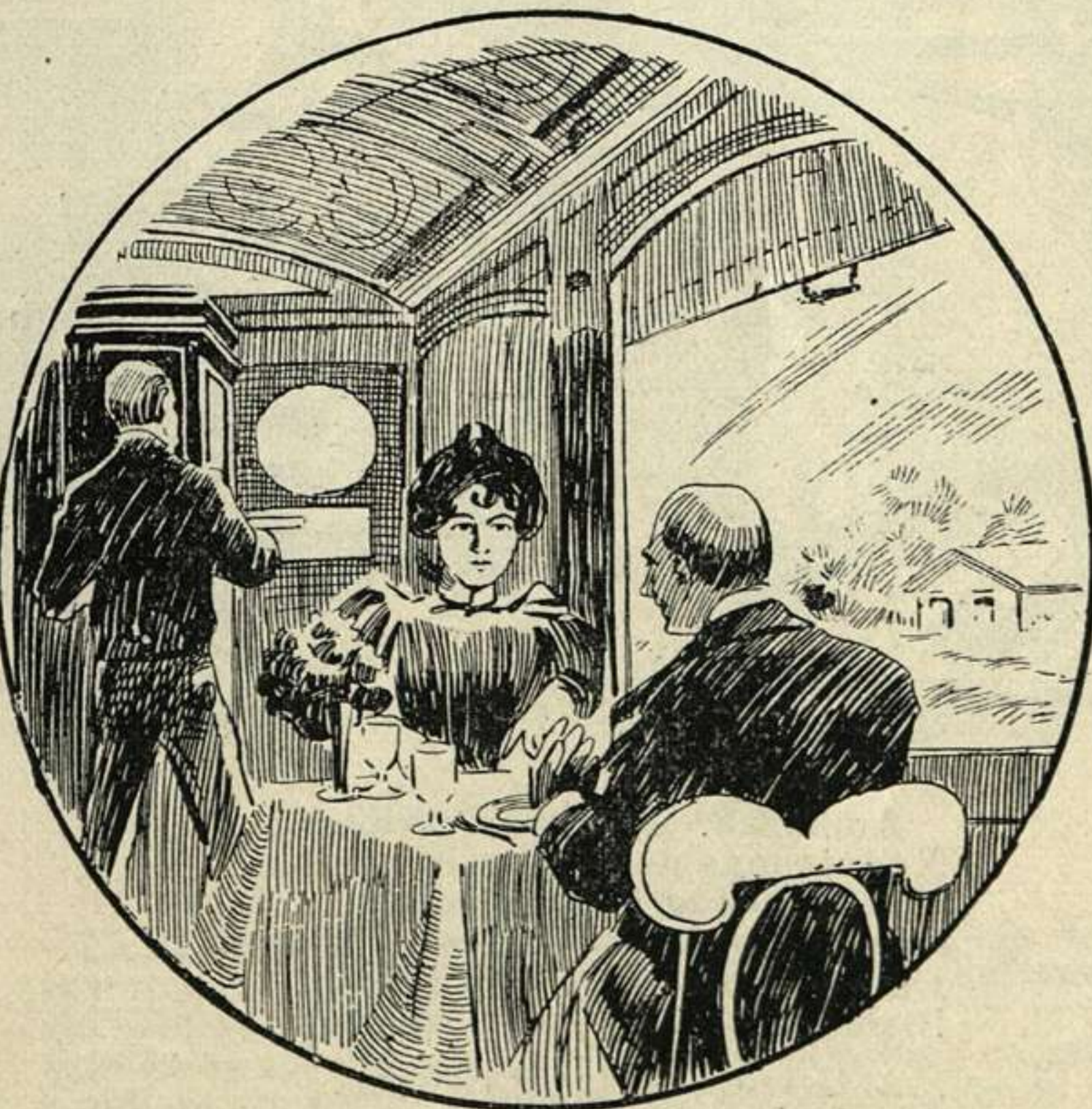
La miraba á la hora de comer, como el único objeto agradable sobre que posar mi vista, y esto sin ningún inconveniente para mi tratamiento. Las pollitas, aún siendo lindas, no me hacen feliz; las admiró como preciados juguetes intangibles, por lo frágiles; las respeto, más que las amo; para mí un baile infantil me sirve de espanto; las jóvenes bien educadas me abrumaban, las ignorantes me impacientan; colorario: son pequeños seres incompletos á los ojos de un bárbaro como yo, que, prescindiendo de sus encantos, se extremecen de ante mano al decir: "Cuando pienso que á los cuarenta años, cuando ya esté yo hastiado y embrutecido, mi familia se decidirá acaso á hacerme tomar estado con una chica lozana y fuerte, respirando por todos los poros salud y vida; ávida de saber y de recitar lo que sabe. ¿Qué será de mí? Nada bueno de seguro."

Lo dicho anteriormente es con el fin de probar que si yo miraba con insistencia á la señorita Genoveva, colocada casi enfrente de mí, ni ella corría riesgo en lo absoluto, ni yo tampoco.

A medida que los bañistas que habían llegado antes iban tomando coqueta (ya habían concluido su tratamiento, ¡¡¡miserables!!!) corrían los cubiertos hacia un lado de la mesa. Mi vecino de la izquierda era siempre el buen abate Silvano; empero el de mi derecha cambiaba casi á cada comida. Hábiame tocado sucesivamente tener á mi lado á un profesor de mineralogía que me hablaba sin cesar, sin cuidarse siquiera de que yo, sin escucharle, continuaba mi conversación con mi vecino el abate; ora dos coroneles, uno de dragones y otro de línea, ambos gotosos, lo que prueba que, ante la enfermedad, todas las armas son iguales; ó ya un adolescente de doce años, que, haciendo proyectiles con migas de pan apuntaba al interior de mi vaso y solía una vez más que otra dar

en el blanco. Todo esto me tenía sin cuidado. No había ido á Vichy para divertirme; de otro modo, me habría ido muy lejos; temía, al contrario, encontrar en mi camino algún antiguo compañero, capaz de descarrillarme volviéndome á mi antigua vida.

En fin, una tarde, al llegar á hacer por la vida vi en el lugar que ocupaba el amable joven mancebo de botica (el de los proyectiles) á la literata, objeto de mi antipatía. Era una dama que frisaba en los treinta y cinco años, no mal parecida, sin embargo; pero cargante, mona, ridículamente ataviada y soporífera hasta la pared de enfrente. Intenciones tuve de retroceder é irme á comer afuera; pero temí romper el equilibrio de mi curación; por otra parte, el abate Silvano me contemplaba con su bondadosa sonrisa de satisfacción. Pensé que íbamos á echar juntos un palique satroso, haciendo punto omiso de mi "mosca negra" y me senté resuelto, volviéndole ligeramente



la espalda, sin afectación, con el fin de no presentarle más que el flanco.

Fué lo suficiente. Aprovechándose de que no me era posible vigilar sus movimientos, me dió un feroz codazo, seguido de un:

—¡Oh! dispense usted, caballero.

A lo cual yo contesté con este lugar común:

—De nada, señora.

¡Ay! El hielo estaba roto. Mi vecina se puso á relatarle, como una tarabilla, que el tratamiento la hacía temblar como una azogada y que por esto me había golpeado el brazo. Insistió en saber si no me había "hecho daño." ¡Era el colmo! Yo la respondí á regañadientes, pero siempre con finura. Se necesita tener muchos hígados para tolerar en un estableci-

miento balneario, á una literata que os fastidia y á la cual no os podéis quitar de encima; pero una de dos: ó es uno político ó deja de serlo. Me dijo que en un tris estuvo el que fuera á Luchón en vez de venir á Vichy. Respondí que había hecho muy mal en no poner este proyecto en ejecución, siendo los Pirineos más agradables que Vichy.

—Son muy hermosos ¿no es verdad?—dijome ella.

—¡Scberbios!—fué mi respuesta seca.

Traté en seguida de reanudar mi interrumpida conversación con el abate. ¡Que si quieres! Ella no me dejó meter baza.

—Caballero,—insistió ella—os ruego que me contéis alguna de vuestras excursiones por las montañas. ¡Sería tan feliz en oíros!.....

—Pero señora... en verdad....

—¿Habeis hecho una excursión cualquiera? Al pico del Mediodía ¿no es esto?

—Sin duda; pero.....

—Confiadme vuestras impresiones; serán deliciosas... cuando uno forma parte de un círculo de espíritus escogidos.....

—Espíritus escogidos es mucho decir, señora; se suelen encontrar también imbéciles como aquí... lo que se explica por la aglomeración.....

—¡Ah! ¿sois numerosos?

—¡Oh! con exceso....

—¡Dios mío! y yo que deseaba consultaros sobre la probabilidad que tendría de ser bien acogida, al presentarme.....

—¿Cómo ¿queréis presentaros al Jockey?—exclamé estupefacto.

—¡Al Jockey! ¿Quién habla del Jockey?

—Me parece que vos.

—¡Yo! yo os hablo de *El Figaro*.

—Y ¿cómo diablos quereis que yo sepa sus interioridades?

—¿No sois uno de los redactores de *El Figaro*?

—Pero, señora, no he escrito una sola línea en él en toda mi vida. Además, me causan horror los literatos.....

Creía haber puesto punto final al interrogatorio; pero, ¡qué! ella no dejó de charlar un segundo, resultando de ahí que cuando me levanté de la mesa, tenía un principio de jaqueca. Tan luego como el comedor estuvo vacío, hablé al muchacho que nos servía y le declaré categóricamente sin más explicaciones, que deseaba que me cambiase de sitio. Me contestó maliciosamente: "Sé lo que quiere el señor; cambiaremos toda la mesa, con el objeto de que no se note nada."

En efecto, al día siguiente, á la hora del almuerzo, vi que el camarista había cumplido su palabra. Toda la mesa había sido variada. Yo estaba colocado del lado opuesto al abate; éste, entre la literata y uno de los militares que habitaban en el hotel. Sentí á mi buen vecino, tan bondadoso y tan parejo, que encontraba todo bueno y bien, charrando cuando yo estaba dispuesto á ello, callándose cuando no le dirigía la palabra. Al tomar asiento, vi que me había tocado á sinistramano un caballero recién desembarcado, y que quedaban á mi diestra dos sitios aún no ocupados.

Tenia inmediatamente á mi lado, una pequeña servilleta doblada con esmero; el otro cubierto ostentaba, enrollado en el cuello de la botella del vino, un anillo marcado con el número del cuarto. Fué la señorita Genoveva la que, desorientada, así como su abuela, vino á sentarse á mi derecha: estas damas habíanse dirigido á sus sitios de costumbre, los que encontraron ocupados. Por supuesto, que no dejó de haber refunfuños, lamento y recriminación, con motivo del cambio de lugares.

Al apercibir que yo era su vecino, la señorita Genoveva se ruborizó y pareció visiblemente intimidada. Por lo demás, ni una sola palabra atravesamos en el curso del almuerzo; empero á la hora de los postres, volviéndose á mí y anegándose con los efluvios de sus grandes ojos con una vocesita baja, trémula y avergozada, me dijo:

—Caballero, ¿tendría usted la bondad de pasarme las ciruelas cocidas?

Me apresuré accediendo á sus deseos, á pasar la inmensa fuente, ya casi vacía, que tenía enfrente de mí, notando, con satisfacción, que mi pequeña vecina seguía estrictamente el tratamiento, pues se sirvió una cantidad de ciruelas, ante las cuales hubiera yo retrocedido. Transcurrieron así ocho días: regularmente, al fin de cada comida, la señorita Genoveva, que decididamente tenía aires románticos, me pedía indefectiblemente, en voz baja, las ciruelas cocidas, que yo me hacía el honor de proporcionarlas. Hablando en puridad de verdad ella no me las pedía con sencillez. Era una de esas jóvenes tímidas, educadas en el temor, á las cuales se inculca una reserva exagerada. Se las recomienda que no rían, que hablen quedito, á fin de no llamar atención y generalmente, se obtiene el efecto contrario; pero los padres han cumplido con su deber.

Una mañana, después del almuerzo, tomabami café,

ó, hablando más propiamente, mi agua tibia, cuando el abate Silvano, acercándoseme, volteaba á mi alrededor, como si tuviese algo que decirme.

—¿Qué mosca le pica á mi caro abate? Os encuentro muy diferentes de como soleis estar....

—Caballero: tengo algo que pedir; pero temo molestaros.

—Pedid, señor abate: estoy seguro de que no me molestaréis.

El honrado abate reflexionó.

—Me parecéis un buen muchacho, muy bien educado. Vos no seréis capaz de cometer una acción que perjudique á otro.....

—No, ciertamente

—Muy bien. Entonces cesad de comprometer á esa joven.....

—¿A cuál joven? ¡Yo comprometo á una joven!

—¿Yo?

—¡Eh! vos lo sabeis bien.

—Pero, señor abate, no conozco á ninguna joven á quien pueda yo comprometer.....

—En la mesa.... vuestra pequeña vecina.... sabeis bien de quién hablo.

—Jamás la he dicho, por ahí te pudras, señor abate.....

—Es cierto. Ella es la que se inclina hacia vos, con un aire tan tierno, tan suplicante á veces que luego... por una seña..... un pistón bajo la mesa ¿Quién sabe? Y todo el mundo nota eso....

—En verdad, señor abate, que estoy estupefacto. ¿Sabeis lo que me dice mi vecina cuando se inclina con tanto amor á mí? Pues bien: muy bajito me pide que le pase las ciruelas cocidas.....

—¡Vamos! Y ¿por qué no las pide en voz alta?

—¡Toma! Porque es una joven pudibunda ¡Ah! ¿sacudís la cabeza con aire de duda? Os probaré que yo no miento nunca.

Alejéme con pasos precipitados, contrariado, enviando al diablo á todas las jóvenes de la tierra; seguido del bondadoso abate que me perseguía diciendo:

—¿Veis cómo os he disgustado.....?

La comida pasó sin incidente notable. La señorita Genoveva, más interesante que nunca; con traje de batista azul celeste, crispaba mis nervios lo que no es decible. Ella estaba ahí, callada y correcta; movía, al par que comía y bebía sólidamente, sus manitas blancas y cucas. Este conjunto de discreción me abrumaba; ganas me pasaron de sacudiría y yo pensaba: —¡Si tú supieras la sorpresa que te reservo ahora.....!

Los postres llegaron. Esperaba con impaciencia que la señorita Genoveva me pidiese las ciruelas; temí por un momento que, precisamente, por esta vez, no las deseara. Felizmente se decidió.

—Caballero, —me dijo en voz muy baja, inclinándose á mí, los ojos húmedos y con una sonrisa estereotipada en los labios—caballero, ¿tendría usted la bondad de pasarme las ciruelas cocidas?

Todas las miradas tornáronse hacia nosotros.

Respondí con una voz estentórea que hizo estremecer los vidrios:

—¡Vamos, señorita, valor! Pedidme francamente las ciruelas cocidas. ¡Ningún mal hay en querer ciruelas, en Vichy sobre todo!

Y tomando la fuente se la pasó. La pobrechica se puso roja como una cereza y me miró consternada. Creó que me tomó por demente.

El abate Silvano me envió, desde su sitio, un signo aprobativo.

Y yo juré, para lo futuro, no alojarme sino en un hotel *chic*.

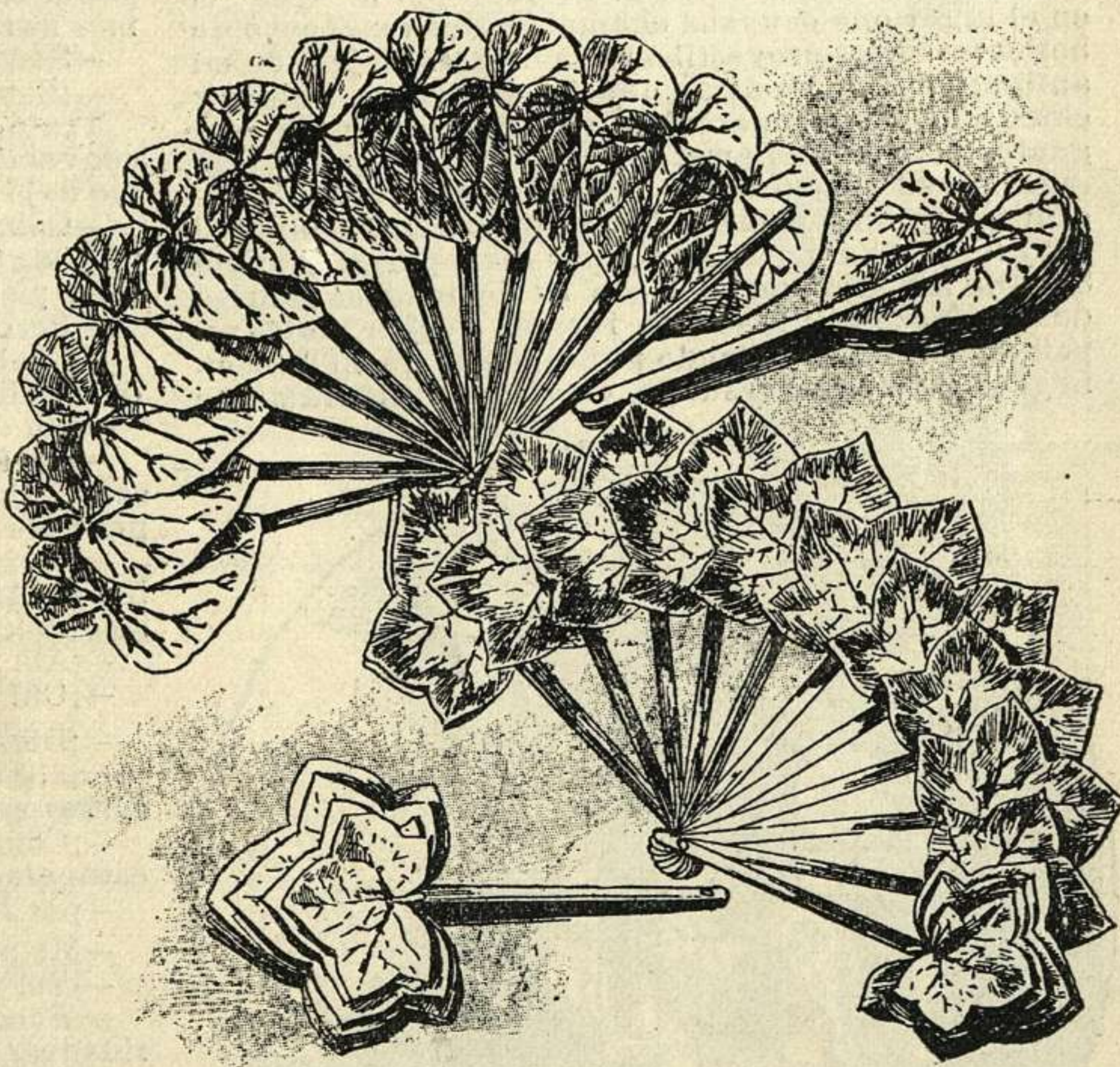
P. FRANCH.

EN UN ALBUM.

A Matilde Olavarría y Landázuri.

Amanece Del sueño despierta,
Ya se abre de Oriente la puerta
Y la Aurora va pronto á salir.
De la mar, que tranquila reposa,
Surca la onda de oro y de rosa
Blanca nave que viene hacia aquí.

Del Oriente florido y risueño,
Del lejano país del ensueño
Donde es roja del mirto la flor,
De allí viene la nave ligera,
Por ti viene ¡gentil primavera!
Por ti viene en su nave el amor!



Amanece. La Aurora despierta.
Ya traspone de Oriente la puerta
Y se pierde en el amplio zafir,
Cual se pierde entre el oro y la rosa
De la mar que tranquila reposa,
Blanca nave que vino hacia aquí.

Al Oriente florido y risueño,
Al lejano país del ensueño
Donde es roja del mirto la flor,
Se dirige la nave ligera....
Por ti vino ¡gentil Primavera!
Y te lleva en su nave el amor!.....

FERNANGRANA.

DEL LIBRO "PURPURA"

El jardín está solo, voz alguna
Turba la soledad! En la enramada
Teje arabescos pálidos la luna,
La luna con su faz enharinada
De insolente Pierrot, la luna llena
Que hace polvo de plata de la arena.

Misteriosa y callada, Margarita
Cruza el sendero, con gentil donaire,
Y aspira los perfumes y medita
En el amor de Fausto, dando al aire
Sobre el cuello de lirio, el gran tesoro
De sus cabellos rubios, ola de oro!
Con su faz de Pierrot, reír parece
Desde lo alto la luna; en la retama
Se queja el ruiseñor mientras se mece
En un balance lánguido la rama,
Y sobre el muro en la penumbra quieta
Mefisto surge como roja grieta!
MANUEL LARRAÑAGA PORTUGAL.

¡A LAS VIÑAS!

CANCION

¡Corramos á las viñas, que ya entona
la vendimia su cántico sonoro,
¡Baco desciende al mundo, y se corona
con racimos de oro!

Sepultemos angustias y dolores
en el fondo del vaso cristalino
¡Llegó el tiempo en que surgen los amores
de la espuma del vino!

Como enjambre de abejas zumbadoras,
ya suenan en las viñas y lagares
las guitarras; las risas bullidoras,
requiebros y cantares.

Ya rueda el mostr, en ola perfumada,
con las notas de fiesta y alegría
de la flauta suave y regalada
que Anacreón tañía.

Besemos, bajo el pámpano brillante
y las uvas en luces de topacio,
el pie de plata y túnica radiante
de la musa de Horacio.

Y en la carreta, clásica la cuna
que meciera á Melpómene y Talía
recitemos, al rayo de la luna,
dramática poesía.

En deliciosa viña floreciente,
plantada por mi padre bendecido,
mi infancia, pajarillo refulgente,
tuvo risueño nido.

Desde entonces, mis ojos de poeta
ven en las viñas nobles corazones;
labios de mieles rostros sin careta
y dicha sin traiciones.

¡Corramos á las viñas, que ya entona
la vendimia su cántico sonoro!
¡Baco desciende al mundo, y se corona
con racimos de oro!

MANUEL REINA.

Viejos romanticismos.

SUB-TERRA.

Cuando yo muera que cubran
con mis cantares el féretro;
que pongan por almohada
mis coronas y mis versos;
quiero llevarme conmigo
á la sombra y al misterio
todo lo que en este mundo
brotó de mi pensamiento.

Que me lleven mis amigos,
sin lágrimas y en silencio
al rincón más solitario
del sombrío cementerio;
que miren que cave honda
la fosa el sepulturero,
dónde no sea posible
que llegue á turbarme un eco.

Que allí me dejen, que olviden
mi paso por este suelo,
ó que si se acuerdan digan:
sufrió mucho, pero ha muerto.

Y yo, dormiré entre tanto
soñando, si acaso sueño,
con mis desdichas postreras,
con mis amores primeros,
con las tardes del Otoño
y las noches del Invierno
en que, llegando á mi puerta
la Musa, tocaba quedo,
se iluminaban de pronto
las sombras de mi aposento,
crujía mi negra lámpara,
lanzaba quejas el cierzo,
yo deshojaba tranquilo
las flores de mis recuerdos,
y Ella, tomando mi frente
que sellaba con un beso,
las blancas alas abría
para remontarme al cielo.

Y como están cercado
con mis cantares el féretro,
tal vez, bese mis coronas,
quizá recite mis versos;
y si entonces toma forma
lo que quedó en el cerebro
cual después de los festines
en la copa queda, luego
las rojas luces del vino,
si aun se agita el pensamiento,
yo os juro que algunos años
después del triste suceso,
han de brotar de mi tumba,
hechos flores, cantos nuevos.

Manuel Reina



PAGINAS DE LA MODA



Fig. 1.—Toilette de visitas para señorita.

MODAS PARISIENSES.

Es muy de notar que ahora la moda se aleja cada vez más de todas las formas que presentan un ángulo.

Todo es hoy redondeado, las chaquetas, las faldas, los adornos, las bocamangas y el descote.

Ya se han abandonado los cordones de seda que se llevaban mucho este verano á guisa de cadena para el reloj; hoy vuelven á usarse, como es natural, las cadenas de oro y, en todo caso, con turquesas ú ópalos. El guante blanco sigue siendo muy de buen tono: según parece no desaparecerá.

Dícese que volverán á usarse los bastones, pero no creo que la moda triunfe, porque no añadirían nada á la elegancia de la mujer.

Aún no han aparecido las modas de invierno y eso que han vuelto ya á París las elegantes del gran mundo.

Siguen llevándose aún los trajes claros, y, cuando el fresco se deja sentir algo, endosan nuestras elegantes una chaquetita roja, de pañeteo muy fuerte.

Notas útiles.

CURACIÓN CON LA UVA

La moda está por las curaciones con las aguas. Está uno gotoso, paráltico, débil del pecho ó enfermo del estómago, pronto, el médico lo manda á la estación de aguas, donde naturalmente, el colega correspondiente lo recibe y lo desuella según la fórmula.

Antes, cuando aún no curaba el agua, se recurría á las virtudes de las plantas, de los *simples*; y se hacían curaciones con las uvas: Plinio y Galeno hablaban de ellas.

La curación de las uvas á pesar de lo que pueden decir nuestros doctores de ahora, no se han emprendido sin éxito; se hace de una manera maravillosa, especialmente en los casos de anemia, dispepsia, calambres del estómago, inapetencia, afecciones gastro-intestinales, constipación (estreñimiento) y algunas enfermedades de la piel.

En Montreux, en Suiza, en Méran, en el Tirol, en los viñedos de las orillas del Rin; en Saint Goar, en Greutnach, en Durkheim, en Baviera, etc. existen establecimientos especiales, muy concurridos en la época de la vendimia.

Se hacen curaciones con las uvas desde que la madurez del fruto lo permite; la duración del tratamiento es de tres á seis semanas. La cantidad de uvas que cada individuo consume, varía de uno á cuatro kilogramos al día, tomadas en cuatro comidas, en el intervalo de las cuales se hace un ejercicio moderado paseando. Se comienza por comer medio kilo ó un kilo para aumentar progresivamente la cantidad por día. No se comen ni las películas ni las pepitas.

El tratamiento por las uvas obra como substancia alimenticia; como medicamento temperante, exitante, laxativo; por los álcalis, que disminuyendo su plasticidad de la sangre la hacen más fluida por los diversos elementos minerales, sulfatos, cloruros, fosfatos, que reemplazan á las aguas minerales.

Las uvas se recogen frescas y se lavan.

Si se quiere tener un efecto purgante de las uvas, se preferirán las blancas, poco azucaradas, acuosas y no muy maduras.

Si, por el contrario, se quiere reconstituir una sangre empobrecida, conviene recurrir á las uvas negras, que contienen sales de fierro, tónicas y exitantes.



Fig. 2. Jacquette Casandra. Delantero y espalda.



Fig. 3—Boa farnesio.



Fig. 4 - Jacquette fantasía. Delantero y espalda.

COCCIÓN DE PASTELERÍA SIN HORNO.

A falta de horno nos podremos servir de una cacerola procediendo del modo siguiente. Se toma una cacerola que no esté en uso, de hierro ó de cobre estañado; bastante grande, para que entre sus paredes y las piezas que se hayan de colocar, quede un hueco de 2 á 7 centímetros. Si no se colocan las piezas sobre una plancha ó en moldes, se deberá poner en la cacerola un sustentáculo de alambre capaz de sostener las piezas. Este sustentáculo deja entre el fondo de la cacerola y los pasteles un intervalo de quince á veinte milímetros. Se colocan encima cinco ó seis hojas de papel engrasado y sobre ella la preparación.

La cacerola se instala sobre unas trébedes de siete centímetros en medio de la ceniza caliente de un hogar, de modo que se deje un espacio de dos á tres centímetros entre la ceniza ó rescoldo y la cacerola. Esta se cubre con una tapadera que rebasa de los bordes de aquella como unos ochos centímetros al rededor. En la circunferencia de la cubierta se pone una corona de carbón ó ascuas que no estando inmediatamente encima de la cacerola la expone menos á quemarse y exparte un calor más suave y más uniforme sobre los pasteles. Si la ceniza está demasiado caliente, se le retira un poco de las trébedes, y se aproxima cuando se juzga oportuno; es conveniente tener siempre dispuestos carbones encendidos, para reemplazar al rededor de la tapadera los que se hayan apagado y consumido, porque es esencial que el calor sea siempre igual. Se debe inspeccionar constantemente la cacerola con el mayor cuidado, pues la menor distracción bastará para que se quemé el pastel; la costumbre acaba de ponernos en disposición de obtener tan buenos resultados con este procedimiento como con un horno. Para lograr una cochura uniforme, se calentará primeramente y de un modo ligero la tapadera y la cacerola antes de emplearlas y después se cambiará de postura de vez en cuando la cacerola á fin de que por todas partes adquiera el grado de calor apetecido.

Cuando se carezca de fuego de estufa, podrán reemplazarlo perfectamente un escalfador ó una hornilla, cuidando siempre de que el fondo de la cacerola se encuentre á 7 centímetros por encima de los carbones. Este procedimiento es más cómodo y exige menos atención, pero hace falta contar con una segunda hornilla, para tener dispuestos en el momento necesario más carbones encendidos.

Si se utiliza un escalfador, nos podemos servir de una cacerola sin mango, parecida á un molde de compota. Conviene que sea de palastro



Fig. 5—Toilettes de paseo.

más bien que de cobre estañado, y deberá tener dos asas para poder darle vueltas á voluntad. La tapadera deberá sobresalir como en el caso anterior, en toda su circunferencia de 5 á 6 centímetros.

Nótese que nunca se habrán de poner varias piezas en una cacerola, porque en este caso no se cocerán bien; cada pieza se habrá de colocar sola y en el centro de la cacerola. Cuando antes de la cocción completa de una pieza de pastelería, la parte superior tome color, se la debe cubrir en todo ó parte, con una hoja de papel engrasado, porque este papel modera el calor. Estos ruedos de papel se preparan con antelación y sirven varias veces.

COCCIÓN SIN HORNO
DE EMPANADAS DE CARNE Y DE
PESCADO.

Se procede como queda indicado; solamente al principio de la cocción, la cacerola no estará puesta sobre las trébedes, sino en medio de cenizas calientes que deben envolverla hasta los bordes. Se guarnecela la tapadera con una corona de carbón ardiendo, de modo que cociendo la pasta por todos sus lados á la vez, el contorno corre menos riesgo de hundirse. Tan pronto como la pasta haya tomado consistencia, ó sea al cabo de cinco minutos, se colocan las trébedes sobre las cenizas, en el hoyo formado por la cacerola, después de haber puesto en él nuevas cenizas calientes, y se continúa como hemos dicho.

VINO DE MORAS.

Cuando las moras han llegado á su completa madurez, se les recoje, se les pone en una cuba, se les machaca y deja fermentar.

Luego que se acaba la fermentación, el líquido se aclara y adquiere un sabor y un olor parecido á los del vino. En ese momento se extrae el licor, el bagazo se lleva á la prensa y el líquido que escurre se mezcla con el primero.

Con 200 kilos de moras se pueden fabricar 100 litros de un licor vinoso, parecido al vino rojo. Si se destilan esos cien litros de vino, se obtienen unos quince de aguardiente de regular calidad.

Como esta fabricación no exige ningún conocimiento especial y está al alcance de todas las fortunas, merece estudiarse y practicarse.

PARÁSITOS DEL OLIVO.

El enemigo del olivo más temible es una pequeña mosca llamada técnicamente "Dacus olae." La hembra tiene un aguijón parecido al de la avispa, con la cual pica las aceitunas y deposita un huevo en la herida que hace en ella; del huevo nace un gusanito (larva) que devora todo el fruto, no dejando más que la



Fig. 6—Gran capa de piel

piel y el hueso. Se ha calculado que una sola mosca destruye así 300 ó 400 aceitunas

El *coccus alae*, es otro insecto parásito del olivo, ataca las ramas y las hojas. Lavando las partes atacadas con agua de cal ó rociándolas con petróleo se destruyen estos parásitos.

SECRETOS DE LARGA VIDA

Según un célebre estadista, diez y nueve son los mandamientos que deben observarse para alcanzar con toda seguridad una larga vida.

El autor de estas nuevas tablas de la ley higiénica es el Sr. James Sewyer, Doctor en Medicina en Birmingham, Inglaterra.

He aquí los diez y nueve mandamientos, todos fáciles de observar.

- 1º Dormir ocho horas.
- 2º Dormir sobre el costado derecho.
- 3º Tener la ventana del cuarto de dormir abierta, durante la noche.
- 4º Tener un tapete en la puerta del cuarto.
- 5º No tener la cama contra la pared.
- 6º No tomar baño frío de esponja en la mañana, sino un baño de cuerpo entero á su temperatura.
- 7º Ejercicios antes del almuerzo.
- 8º Comer poca carne y cuidar que esté bien cocida.
- 9º (Para los adultos) no beber leche.

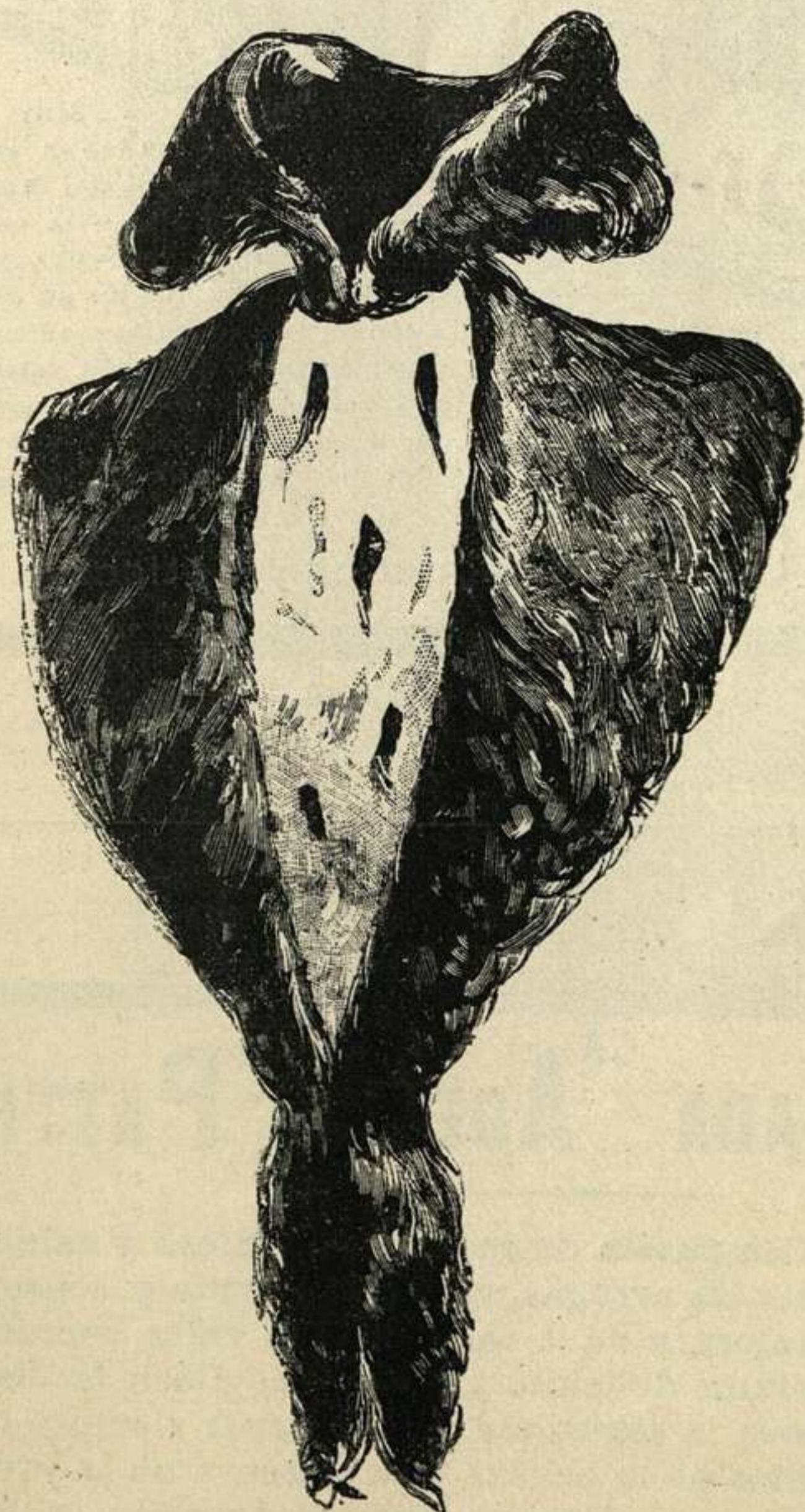


Fig. 8—Cuello Lohengrin



Fig. 9—Jacquette de estación

10º Comer grasa en abundancia para mantener las celdillas que destruyen los gérmenes de las enfermedades.

11º Evitar las intoxicaciones, destructoras de todas esas celdillas.

12º Ejercicio diario al aire.

13º No permitir que animales predilectos vivan en los cuartos que se ocupan. Están propensos á llevar consigo gérmenes enfermizos.

14º Vivir en el campo, si es posible.

15º Cuidar de los tres grandes males ó sea de la bebida, de la humedad y de la corriente de aire.

16º Cambiar de ocupación.

17º Procurarse frecuentes pero cortas vacaciones.

18º Poner límite á la ambición.

19º Dominar el carácter.

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—TOILETTE DE VISITA PARA SEÑORITA.

Es en piel de seda gris incrustada de bordados en terciopelo gris, guarnición en zibelina. El bolero es en piel de seda unida. Está drapeado y cerrado de lado sobre una especie de reverso aconchado en terciopelo negro. Manga fruncida. Sombrero tricorno en fieltro negro.

FIG. 2.—JAQUETTE CASANDRA.

Es de cheviotte muy fino, con una gran aplicación bordada. Solapas avolantadas con igual aplicación y gran cuello ornado de zibelina.

FIG. 3.—BOA FARNESIO.

Se compone de un pequeño boa de pluma negra y de una gran aplicación de muselina plissée orlada de pluma, descendiendo en cascada hasta la parte baja del talle.

FIG. 4.—JAQUETTE FANTASÍA.

Elegante Jacquette sastre en paño neutro con bordados estilo renacimiento. El cuello está hecho de seis piezas y bordado interiormente.



Fig. 7—Sombrero Rubens

FIG. 5.—TOILETTE DE PASEO.

1ª—Modelo en paño gris, con incrustaciones de terciopelo malva bordado. La falda está hecha de tres volantes y de una túnica. El cuerpo blusa, bordado también está formado de una espalda de una sola pieza y de un delantero cerrado en medio. Sobre el pecho nudo bordado hecho de dos puntas.

2ª—Cuello sastre en paño gris fierro, con doble pliegue recortado en dientes. Pequeños botones grises deteniendo los dientes. Gran collar cerrado por un nudo Luis XVI en terciopelo negro.

FIG. 6.—GRAN CAPA DE PIEL.

Imitación de armíño imperial con motas. Cuello avolantado. Cerrada completamente y cortada á grandes pliegues.

FIG. 7.—SOMBRERO RUBENS.

Es de fieltro con gran drapería olisé bajo la falda y orlada de blonda en la misma. Falda levantada, con un gran broche del que parte un hermoso penacho blanco que alterna con otro negro de avestruz.

Gran nudo de terciopelo á la izquierda de la copa.

FIG. 8.—CUELLO LOHENGRIN.

Gran cuello en zibelina abierto sobre un plastrón y detenido en la talla por dos colas de zibelina.

FIG. 9.—JACQUETTE DE ESTACIÓN, DELANTERO

De corte militar: muy sencillo y muy severo, con solapas vueltas en toda la extensión y fijadas por ocho botones fantasía; cuello vuelto, con orla de motas de seda que se repite en los guarda puños.

FIG. 10.—CUELLO CYRANO.

Es en chantilla y se compone de un cuello Médices y de dos reversos reunidos por un pliegue doble en terciopelo mirto. Cascada de blonda blanca encua-

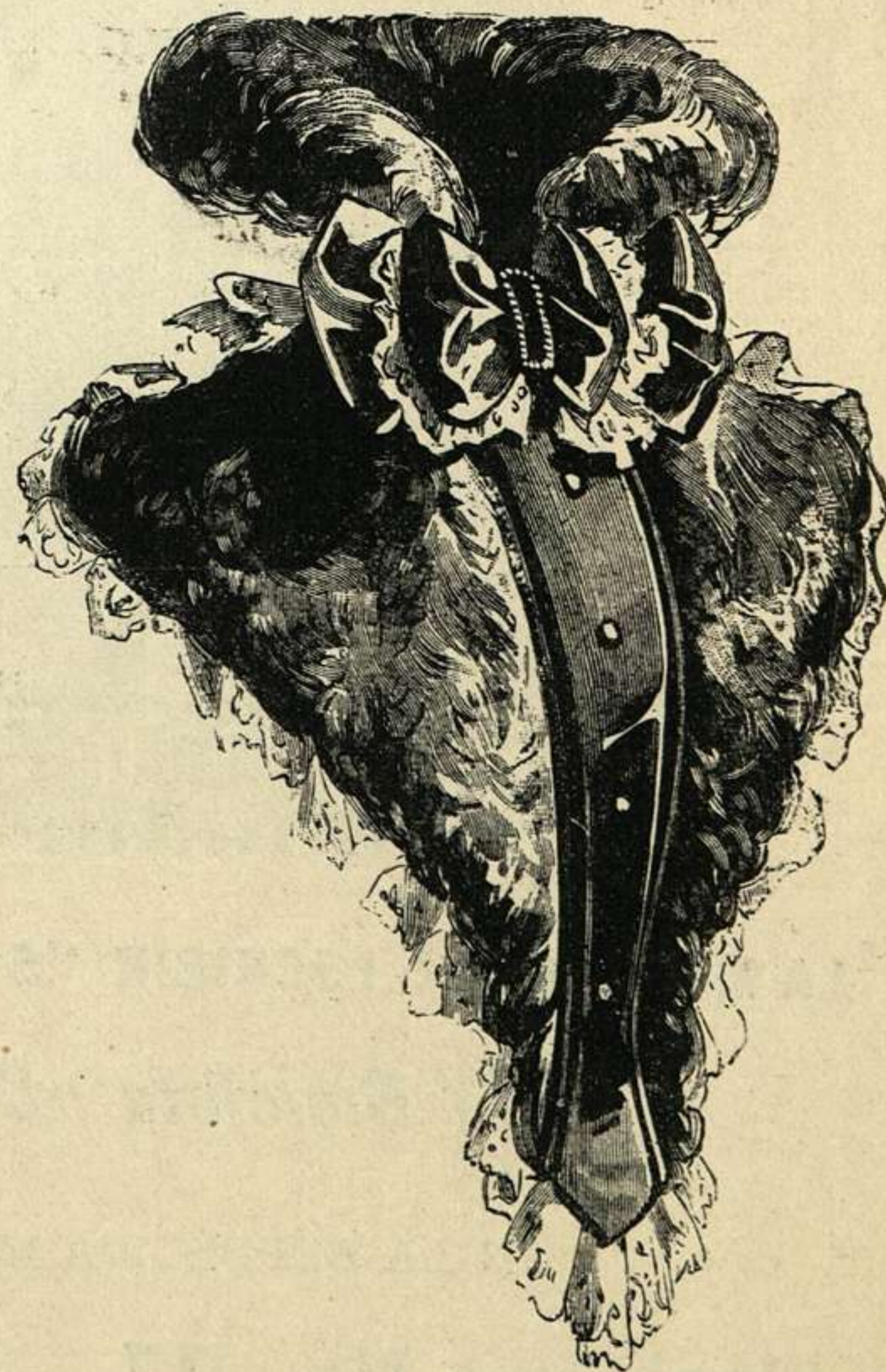


Fig. 10—Cuello Cyrano

drando los reversos. Nudo de corbata en terciopelo con la misma blonda.

FIG. 11. — GRAN TOILETTE DE PASEO.

Es de piel de seda azul oscuro muy ceñida, con un cuerpo blusa cerrado caprichosamente á la izquierda por una aplicación de marta que empalma con el cuello. Cintura de piel cortada en puntas. Aplicación de piel en la falda.

FIG. 12. — JACQUETTE DE INVIERNO.

Cortado en triángulos con solapas doublée de satén. Abiertas sobre una camisola de batista. Una aleta fijada por dos botones fantasía lo cierra en el talle. Además de terciopelo en panilla en los faldones y en las mangas.

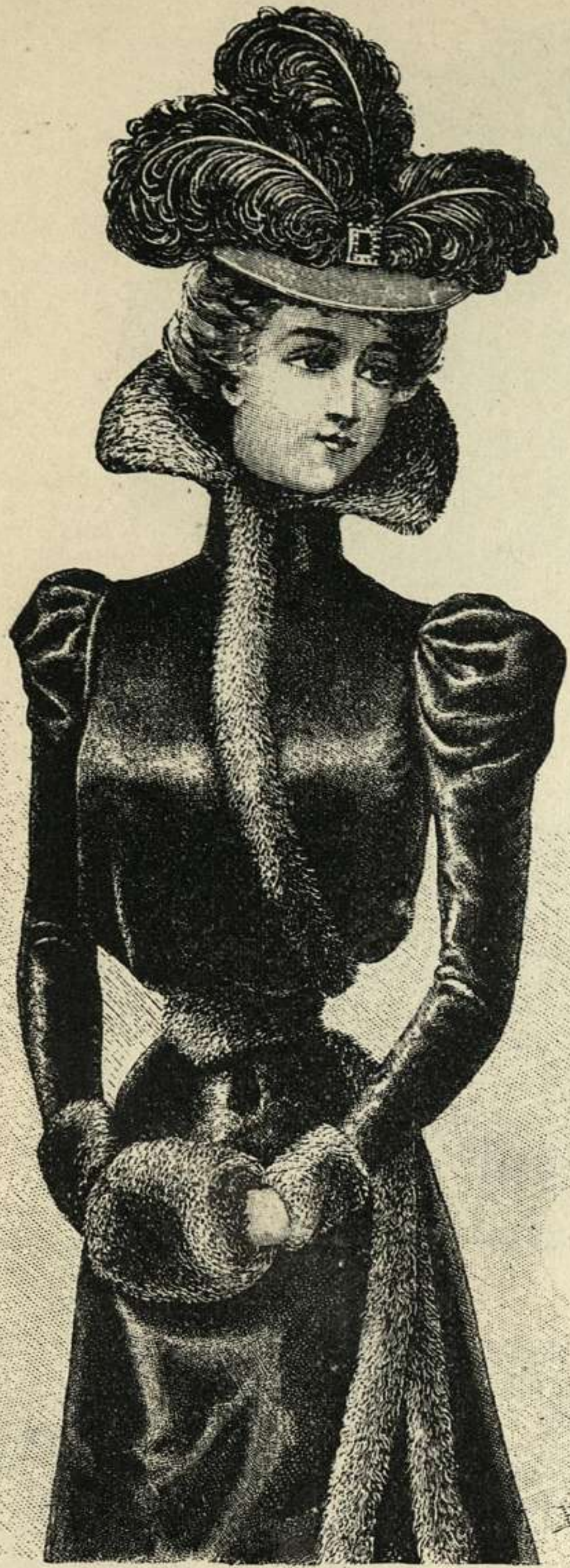


Fig. 11—Gran toilette de paseo.

OPINION DE UN CAPITALISTA EN MEXICO,
Acerca del Seguro sobre la Vida en
“LA MUTUA” de Nueva York

México, Octubre 3 de 1898.

Sr. D. Donato de Chapeaurouge,
DIRECTOR GENERAL DE LA COMPAÑIA DE SEGUROS «LA MUTUA.»
Presente.

Muy Señor mío:

Me permito acusarle recibo de los seguros por \$300,000.00 Trescientos mil pesos que acabo de tomar en la Compañía que usted representa en esta República, y obsequiando sus deseos de que exponga las razones que he tenido para asegurarme en cantidad tan importante y para preferir el tomarla á «LA MUTUA» á pesar de que mis frecuentes viajes á Europa y Estados Unidos me han dado toda clase de oportunidad para tomar mi seguro en cualquiera de las grandes Compañías del Mundo, con gusto le manifiesto que en mi creencia el seguro sobre la vida toma la forma de una protección, no solo para mi familia, sino también para mis bienes y negocios que tengo entre manos, los que no quedarán sin fondos con que seguir activándolos si les faltase mi personal dirección.

Respecto á haber elegido «LA MUTUA», mi personal conocimiento de sus inmensos recursos, con los cuales cuenta para cumplir sus obligaciones, sus métodos de organización y los planes atractivos de seguros que ofrece son tales, que á mi juicio no admite competencia.

En conclusión le manifiesto que mi intención es aumentar el seguro sobre mi vida en esta Compañía dentro de poco tiempo, y tendré mucho placer en tratar con usted este asunto.

Soy de usted afmo. y atto. S. S.

Firmado.—C. Eisenmann.



Fig 12—Jacquette de invierno.

MOSLER, BOWEN & COOK,
SUCESOR.

Cajas de fierro y acero,
Bóvedas y Cerraduras
de las afamadas patentes

DE MOSLER.

MUEBLES para OFICINAS,
DESPACHOS Y RESIDENCIAS

Unicos agentes para
“El Contador Nacional”

LA MAQUINA DE ESCRIBIR “SMITH PREMIER”

Y la Bicicleta “CLEVELAND.”

EN LA REPUBLICA MEXICANA

Alcaicería No. 27. México, D. F.

PILDORAS PLATEADAS PARA LOS CASOS SIN DIARREA
DORADAS PARA LOS CASOS CON DIARREA
PILDORAS ANTISEPTICAS Y DIGESTIVAS
del Dr. B. Richard. PARIS.

Muy experimentadas en las enfermedades del Aparato Digestivo. Contienen la materia activa de los fermentos digestivos y los antisépticos más poderosos combinados en una forma nueva y asociados con otras sustancias medicinales. Es el mejor remedio para la dispepsia, mala digestión estomacal é intestinal, para la diarrea, disenteria, enfermedades del Hígado, gastralgias, jaquecas y en todos los casos en que la digestión es torpe y la nutrición imperfecta ó cuando hay inflamación ó infección del Aparato Digestivo ó de los órganos anexas.

◊ De venta en todas las Droguerías y Boticas ◊

CREMA ROSADA “ADELINA PATTI.”



Compuesta de sustancias tónicas y saludable evita las arrugas, refresca el cutis y conserva la hermosura de la cara hasta la vejez, comunica perfume delicioso y con su uso diario las Señoras tienen la seguridad de conservar siempre los encantos de la belleza y la frescura de la juventud. Tanto en Europa como en América, la usan las damas más aristocráticas.

DE VENTA EN LAS DROGUERÍAS Y PERFUMERÍAS.